



La aventura
de un holandés

en Irlanda

C. Lizarraga, C.P.

LA AVENTURA DE UN HOLANDES EN IRLANDA

El Beato Carlos de Mount Argus

(Pasionista)



Madrid - Bilbao - Zaragoza
1988

PRESENTACION

El 16 de octubre de 1988 pasará a la historia de la Congregación pasionista como uno de los días más gloriosos desde su fundación.

Dos de sus hijos más ilustres fueron solemnemente elevados a la gloria de los altares por la autorizada palabra del Papa Juan Pablo II.

De uno de estos dos hijos preclaros de la Familia Pasionista queremos presentar ahora, en sucinta síntesis, la biografía al público de habla española.

Se trata del P. Carlos de Mount Argus, como ampliamente es conocido en Irlanda y en el mundo anglosajón donde tanto trabajó hasta morir a sus 71 años de edad.

Sus padres le dieron por apellidos Houben-Luyten. En la pila bautismal recibió el nombre de Juan Andrés. Cuando se consagró a Dios entre los Pasionistas le impusieron el nombre de *Carlos de San Andrés*. Nosotros le llamamos *Carlos de Mount Argus*, como le llamaron y le siguen llamando aun ahora sus muchos millares de devotos.

Mount Argus es el lugar de la ciudad de Dublín donde el P. Carlos más trabajó en vida

y donde ahora está su sepulcro del que sin exageración de ninguna especie bien podemos decir que es *glorioso* por las muchas maravillas que de continuo se obran allí, precisamente por intercesión del P. Carlos de Mount Argus.

El segundo pasionista beatificado el 16 de octubre es el P. *Bernardo María Silvestrelli*, llamado entre los Pasionistas segundo S. Pablo de la Cruz. De él escribimos hace bastante tiempo una semblanza muy condensada para los lectores de habla española, y a ella nos remitimos desde aquí (1).

Quiera el Señor, por los méritos y la intercesión de estos dos nuevos Beatos Pasionistas, los Padres *Carlos de Mount Argus* y *Bernardo María Silvestrelli*, darnos a todos entusiasmo y decisión para seguirle y amarle, como le amaron y siguieron ellos, haciendo el bien a los hermanos y sanando a todos.

C., cp.

(1) *Un noble romano al frente de la Congregación pasionista*, 2ª edición. Puede adquirirse en cualquier convento pasionista.

La historia de S. Patricio se repite

Los irlandeses veneran a San Patricio como a su primer patrono y hacen bien, porque San Patricio, aunque no nació irlandés, aceptó como patria a Irlanda y se sintió irlandés hasta los huesos. A su vez Irlanda le aceptó a él como a hijo predilecto y este es el momento, después de tantos siglos, que Irlanda tiembla de gozo cuando anualmente, el 17 de marzo, llega la fiesta del bendito santo.

A San Patricio debe Irlanda su fe cristiana y católica. Una fe recia y resistente como los acantilados rocosos de sus costas. Y San Patricio debe a Irlanda el placer siempre nuevo de sentirse, en la fe de Jesús, irlandés como el que más.

La historia de San Patricio se repite hoy, en cierto modo, y en modernísima edición, en el nuevo Beato Pasionista, P. Carlos Houben, en vida y en muerte bautizado por sus muchos devotos con el simpático calificativo de « el santo de Mount Argus ». Tampoco él nació en Irlanda, sino que vino a ver la luz de este mundo en Holanda, al otro lado del canal de la Mancha, casi en la frontera con Alemania. Pero un día — ¡así de extraños son a veces los caminos de Dios! — el P. Carlos pisó tierra irlandesa y allí se quedó. Se quedó tan a gusto entre « su gente irlandesa » que en su sepulcro

de la iglesia de los Pasionistas de Mount Argus en Dublín sigue esperando tranquilo como en casa propia el día glorioso de la resurrección.

Desde que el P. Carlos pisó tierra irlandesa, al igual que San Patricio, se entregó sin descanso a la tarea de hacer el bien. Se puede decir que imitó « literalmente » a Jesús, que « pasó por el mundo haciendo el bien », esto es, « bendiciendo y sanando a todos ». Sin renegar de su patria natural Holanda, como tampoco San Patricio renegó de la suya, el P. Carlos se identificó totalmente con el pueblo irlandés y por ello es ahora universalmente conocido como « el santo de Mount Argus ».

En Munstergeleen pueblo del Limburgo holandés

El 11 de diciembre de 1821 los esposos Juan Andrés Houben y Juana Isabel Luyten, de Munstergeleen (Limburgo holandés) recibieron con no disimulada alegría al cuarto de sus hijos a quien bautizaron el mismo día del nacimiento con el nombre de Juan Andrés. Dos nombres extraídos del colegio de los apóstoles. Todo un símbolo. El pequeño, andando el tiempo, tendría un puesto de honor entre los apóstoles

modernos, encargados de seguir anunciando al mundo la buena nueva del Evangelio.

El matrimonio Houben-Luyten era un matrimonio ejemplar. Propietario de un molino en pleno rendimiento, una granja floreciente y unos campos ubérrimos, vivía de su trabajo de cada día en el marco de una economía más que suficiente para educar sin demasiados agobios a los hijos que, uno tras otro, hasta diez, fue recibiendo como una bendición del cielo.

Pero más que por la suficiencia de los medios económicos, el matrimonio Houben-Luyten destacaba entre sus convecinos por su acendrada fe cristiana y su escrupuloso cumplimiento de los deberes cívico-religiosos. Era un matrimonio que evidentemente no tenía miedo a la vida ni a los muchos hijos que iban llegando. En el hogar Houben-Luyten casi se tocaba con la mano cómo la Providencia de Dios nunca abandona a quienes, como en su caso, son leales y sinceros buscadores de la verdad y del auténtico amor.

Munstergeleen, el pueblo limburgués donde nació el P. Carlos Houben, tiene una historia con raíces en la vida monástica, un tiempo floreciente en la región. Lo proclama su mismo nombre, *Munstergeleen*, que pudiéramos traducir a nuestra lengua como *Monasterio junto al río Geleen*. Entre salmodias de monjes medievales y afanoso cultivar por los mismos monjes y sus colonos de las tierras aldeañas

del río Geleen, fueron surgiendo con el tiempo alquerías y granjas que dieron origen al pueblo.

Cuando en el siglo XVI se produjo en Alemania y Holanda el ciclón de la reforma protestante, por especial Providencia de Dios, Munstergeleen permanenció fiel a la primitiva fe católica y no hubo poder capaz de hacer que sus habitantes renunciaran al catolicismo recibido de sus mayores.

Munstergeleen se extiende en un valle verde defendido al oriente por una cadena de onduladas colinas y recostado al occidente y mediodía cabe la mansa corriente del río Geleen.

Cuando nació el pequeño Juan Andrés Houben, el futuro Beato Carlos de Mount Argus, en Munstergeleen se vivía el cristianismo con gran pureza y fervor, y entre las mejores familias destacaba justamente la familia Houben-Luyten que en el pequeño recién nacido Juan Andrés, con una educación esmeradamente cristiana, debería ir preparando al Beato Carlos que hoy veneramos en los altares.

Los dos caminos del hijo del molinero

Como fue llamado Jesús por sus convecinos el hijo del carpintero, a Juan Andrés, según

iba creciendo, pronto le conocieron en el pueblo de Munstergeleen como el hijo del molinero, dado que su padre tenía un molino y el molino era principalmente la base de la holgada economía familiar.

Juan Andrés, el hijo del molinero, era un niño como los demás, pero con algunos rasgos que, en cierto modo, preanunciaban ya su futuro. Cualquier mediano observador es capaz de descubrir en todo niño, a través de detalles a veces ínfimos e insignificantes, los lineamientos básicos de su futuro.

En muchos de estos detalles insignificantes muchos atentos conocedores del niño Juan Andrés Houben pudieran haber descubierto al gran siervo de Dios que un día llegaría a ser.

A nivel cristiano este cuarto hijo del matrimonio Houben-Luyten asimiló muy bien el ejemplo de vida cristiana que diariamente recibía de sus padres y del medio ambiente en que, aun fuera de casa, empezó a moverse su vida de cada día.

Se le veía introspectivo e inclinado a la reflexión. Abierto y jovial, aunque no inclinado a las diversiones ruidosas. Quienes mejor le llegaron a conocer a las puertas de la adolescencia, no dejaron de observar en él una llamativa predisposición hacia la vida de piedad. Hasta su misma madre, tan piadosa ella, estaba

admirada. Sucedió a veces que, al atardecer, cuando ya todos se habían retirado al hogar, Juan Andrés tardaba en llegar a casa. Entonces la madre mandaba que lo buscaran en la iglesia diciendo: « Id a buscarle en la iglesia, pues seguramente estará allí ». Efectivamente en la iglesia estaba Juan Andrés. Mudo y silencioso en la penumbra, haciendo compañía a Jesús, su amigo, en el sagrario.

Cuando su hermano José tenía 54 años recordaba perfectamente a Juan Andrés. Invitado a deponer en el Proceso de Roermond dejó constancia de que Juan Andrés, desde pequeño, « era muy piadoso y sólo conocía dos caminos: el de la iglesia y el de la escuela ». Esto parecerá una exageración, pero es así como él conoció y recordaba a su hermano, y ninguna razón puede asistirnos a nosotros para restar valor o dudar de la veracidad de estas palabras.

Recibió la Primera Comunión el segundo domingo de Pasqua, 26 de abril de 1835, y el 28 de junio del mismo año fue confirmado por el obispo Ricardo van Bommel. Destacando entre los demás por su compostura y devoción, pronto quedó agregado al grupo de monaguillos que servían al sacerdote en el altar. También se inscribió en la confradía de la Adoración Perpetua. Desde muy joven sobresalió entre sus coetáneos por una sincera y ferviente devoción al divino Sacramento del altar.

Estudiar sí, ¿pero con qué objeto?

Si Juan Andrés se hubiera sentido llamado a seguir la tradición familiar dedicando su vida a las labores de la agricultura y del molino, no hubiera precisado ciertamente hacer prolongados estudios. Sobre todo, a sabiendas de que el molino junto al Geleen y los fecundos campos del Limburgo holandés producían lo suficiente para que la familia Houben viviera sin grandes quebraderos de cabeza. Pero la cuestión no era ésta. La verdadera cuestión era que, según crecía, Juan Andrés quería estudiar sin que de ello diera a nadie demasiadas explicaciones.

No es que le desagradara el molino y la granja de sus padres. Se sentía bien allí. Además, en contacto con la naturaleza, le resultaba fácil mantenerse en sintonía con las mil voces que en aquellos campos bañados por las tranquilas aguas del Geleen, le hablaban elocuentemente de Dios. Pero los pensamientos de Juan Andrés eran muy distintos, y a nadie se los había revelado todavía, excepto, quizá, al sacerdote de la parroquia, el serio P. Delahaye. La verdad era que en el subconsciente de Juan Andrés empezaba a tomar cuerpo la idea de hacerse sacerdote. ¡Sí, sacerdote como el P. Delahaye, para vivir siempre inmerso en la

atmósfera de lo sobrenatural y conducir las almas de sus hermanos a la salvación!.

Por supuesto no se le ocultaba que para concretar este hermoso sueño en realidad debería someterse a unos estudios serios y constantes, y aquí precisamente radicaba la mayor dificultad. Era notorio que Juan Andrés no era propiamente hablando una lumbrera. Pese a sus esfuerzos, su inteligencia parecía dormir. No estaba hecha por lo visto para grandes vuelos, si bien él no se dio por vencido ante esta evidente dificultad.

Aunque curso tras curso el resultado final no fuera lo brillante que hubiera sido de desear, tanto en la escuela de Sittard, al comienzo, como más tarde en la de Broeksittard, el hijo del molinero no se dió por derrotado.

Su historia había tenido una reciente edición en un caso similar, universalmente famoso. Unos años antes, en una escuela de Dardilly (Francia) dificultades parecidas habían puesto en tensión a un muchacho empeñado en ser sacerdote. Sólo su tesón invencible y la gracia de Dios le dieron la victoria. El 13 de agosto de 1815 fue, finalmente, ordenado sacerdote y sus superiores le mandaron a un pueblecito descreído que parecía dejado de la mano de Dios. El buen cura (¡el bendito cura de Ars, San Juan María Vianney!) no sólo transformó espiritualmente su parroquia sino que revolucionó gran parte de Francia. Una reedición del Cura de

Ars en Pasionista y concretamente en Irlanda había de ser en cierto modo Juan Andrés, el hijo del molinero de Munstergeleen.

Temores de una madre buena

El poco o ningún éxito de Juan Andrés en los estudios preocupaba mucho a su buena madre Juana Isabel. ¿No sería el caso de disuadirle de su empeño y orientarle hacia las labores del molino y de la granja?

Le habló seriamente y le propuso como medida de prudencia consultar el problema con el párroco Delahaye con quien la familia Houben mantenía muy buenas relaciones. Madre e hijo acordaron que se haría lo que en última instancia decidiera el párroco.

Juan Andrés no dejaba de abrigar un cierto temor, pero, llegando el momento, su sorpresa creció de punto al escuchar el veredicto de párroco quien, ante la sinceridad de los deseos manifestados por el joven y la buena ley de sus aspiraciones de ser sacerdote, no sólo aconsejaba sino que, incluso, si ello entraba en sus facultades de pastor de aquella iglesia, mandaba que Juan Andrés prosiguiera sus estudios.

En aquel día y hora precisos, en torno a

Juan Andrés todo pareció cobrar nueva luz, color y armonía. Estudiaría cuanto fuera menester. Estudiaría hasta caer rendido, pero los misterios contenidos en los libros terminarían por entrar en su cabeza y, si Dios así lo disponía, llegaría también él a ser sacerdote del Señor.

Pero el molino no era un ambiente ideal para concentrarse y estudiar. El rumor de la molienda, el continuo ir y venir de los campesinos, el crecido número de los miembros, pequeños y grandes, que integraban la familia, distraían continuamente su atención impidiéndole concentrarse debidamente. Oportunamente el hermano de su madre, Pedro Luyten, alcalde por aquel entonces de Munstergeleen, le brindó a él y a su hermana Sibila pasar a vivir en su casa, amplia y cómoda. Sibila ayudaría en las labores domésticas y Juan Andrés estudiaría y haría compañía al tío.

Al poco tiempo llegó al pueblo un nuevo párroco en sustitución del P. Delahaye. Era joven y venía lleno de espíritu apostólico. Se llamaba Enrique Göbbels y tenía 24 años, pocos más que Juan Andrés. También él recibió hospedaje en casa del alcalde Luyten y esta circunstancia facilitó una buena amistad entre el joven sacerdote y Juan Andrés, reafirmando incluso a éste en sus deseos de seguir estudiando con vistas al sacerdocio.

Experiencia de la vida militar

Iban pasando los años. Juan Andrés había cumplido los 19. Era alto y musculoso y no carecía de un cierto aire marcial. Lo comprobamos en la fotografía que nos ha quedado de sus tiempos de soldado de infantería.

Metido en sus estudios, un día le llegó, como a todos los mozos de su edad, una orden alarmante convocándoles a prestar servicio en el ejército de la nación. Llamado a filas el 2 de marzo de 1840, el 9 de julio de 1841, después de haber hecho con el P. Göbbels una humilde confesión general, vistió el uniforme de soldado en el primer Regimiento de Infantería de Bergen-op-Zoom, bien que por poco tiempo, ya que prestó servicio activo sólo por espacio de tres meses habiéndole buscado y pagado sus padres un sustituto que lo reemplazara.

El cuartel fue para él una experiencia del todo nueva, que aceptó con pena, pero sin protestar. Ni su fe ni su virtud sufrieron el menor menoscabo o detrimento. De este tiempo se conservan algunos preciosos testimonios sobre su comportamiento, como éste que citamos: « En el cuartel fue un muchacho único, silencioso, ejemplar, fuera de lugar entre los soldados. Si salía del cuartel se le veía siempre

o en camino hacia la iglesia o en la misma iglesia ».

Según sus mejores biógrafos fue en el cuartel donde Dios entró definitivamente en escena para revelarle su camino vocacional, orientado hacia el sacerdocio misionero en una Congregación como la Pasionista, netamente apostólica. No en la paz de su casa, entre los libros, ni el sosiego de los campos, junto a las mansas aguas del Geleen. Fue en el cuartel con toda probabilidad, entre el bullicio de sus camaradas, donde le llamó el Señor, pues así de misteriosos suelen ser sus caminos vistos por los humanos.

Un tal Raaymakers, compañero de milicia de Juan Andrés, le comentó un día entre charla y charla que tenía un hermano que se disponía a ingresar entre los Pasionistas, concretamente en Ere (Bélgica). Estaba muy decidido a ello y se sentía tan feliz que nada ni nadie en el mundo hubiera podido volverle atrás de la decisión tomada.

Pocas noticias eran éstas, ciertamente. Pero a Dios le bastaban y sobraban estos simples detalles para que en el corazón de Juan Andrés se produjera una fuerte aldabonada. ¿Por qué no habría de seguir también él este mismo camino? Puesto que hacía tiempo que venía soñando en la posibilidad de ser sacerdote ¿por qué no solicitar el ingreso en una Congregación de Misioneros como la de los Pasionistas?

Fue así cómo, al hilo de una simple conversación entre amigos, le nacieron a Juan Andrés unas ganas locas de ingresar en la Congregación Pasionista y no se detendría ya hasta conseguir de los Superiores su admisión en el noviciado de Ere.

Los acontecimientos se precipitan

El 9 de octubre estaba de vuelta en casa y podía reiniciar el interrumpido estudio, esta vez no ya en Sittard bajo la dirección del P. Kallen que había fallecido, sino en Broek-Sittard, bajo la guía del señor Schrijen, antiguo asistente del P. Kallen, que había abierto una nueva escuela, y aceptó gustoso a Juan Andrés entre sus discípulos.

En esta nueva fase, siempre ayudado por el señor Schrijen, que fue para él un excelente maestro y un buen amigo, Juan Andrés notó un cambio prodigioso. Era como si el paso por el cuartel y el consiguiente descanso psicológico-intelectual que ello había supuesto para él le hubiera despejado la inteligencia. De hecho, ya el estudio no le resultaba tan cuesta arriba, tanto que el profesor, gratamente sorprendido, le decía:

— Juan Andrés, esto es estupendo: es como si tu inteligencia hubiera sido tocada por el dedo de Dios.

Pero una gran tristeza iba a enturbiar pronto la alegría de Juan Andrés. El 19 de enero de 1844 falleció santamente su madre Juana Isabel, con sólo 55 años de edad. Había sido una buena esposa y una madre ejemplar. Activa y piadosa, acertó a imprimir en sus hijos, particularmente en Juan Andrés, un sello indeleble. Juan Andrés nunca la olvidaría. Su madre fue su primera educadora en la fe y la que sembró en él las primeras semillas de un gran amor a Dios y al prójimo sobre todas las cosas.

Esta muerte inesperada le sirvió para afianzarse en su idea de la vanidad de las cosas de la tierra y en la importancia de vivir para un grande ideal. El profesor Schrijen compartió su pena y, más que ninguno, le ayudó a tomar decisiones acerca de su vocación. Schrijen conocía a los Pasionistas y tenía de ellos las mejores referencias. Sabía que habían sido fundados en Italia por S. Pablo de la Cruz y que, como misioneros, apoyaban su vida personal y comunitaria en unas muy firmes bases de oración, penitencia y soledad. El fue quien probablemente le puso en contacto con el superior de los Pasionistas en Bélgica, el Beato Domingo Barberi, universalmente conocido hoy como apóstol

de Inglaterra y figura relevante en el Movimiento de Oxford y en la conversión al catolicismo del futuro cardenal Newman.

Así, entre penas y alegrías, se precipitaban los acontecimientos en la vida de Juan Andrés. La Providencia, de forma misteriosa y sabia, le iba situando en su camino vocacional. Había llegado la hora de las grandes y definitivas decisiones.

Carlos de San Andrés

El día del ingreso entre los Pasionistas de Ere fue fijado para el 5 de noviembre de 1845. La víspera de la partida, su padre le dijo emocionado:

— Juan Andrés, en casa hay sitio para todos; no es necesario que te marches al convento.

— Papá — replicó él —: desde hace mucho tiempo pienso en dar este paso y lo daré por encima de todo.

También su hermana mayor Sibila le dijo:
— ¿Lo has pensado bien, Juan Andrés?
¡Todavía estás a tiempo!
Pero él respondió sin vacilar:

— Sibila, por seguir a nuestro Señor estaría dispuesto a pasar mi vida en un desierto.

Con el despuntar de la aurora, antes de ponerse en marcha, acompañado de su padre, visitó el sepulcro de su buena madre y rezó por ella. Después, hecha ya la pequeña maleta, abrazados su padre y hermanos, emprendió el largo viaje, acompañado de su tío Pedro Luyten, alcalde de Munstergeleen. Cruzado el puente sobre el río, vuelto al pueblo, se despidió para siempre de él y de los suyos. Nunca más volvería a pisar ya aquella tierra bendita en que recibió el don de la vida y de la fe.

Al atardecer del día 5 llamó, finalmente, a la puerta de Ere, primera casa de los Pasionistas en Bélgica, fundada sobre el castillo que la Baronesa de Croeser de Valenciennes había donado generosamente el 15 de julio de 1840 a los hijos de San Pablo de la Cruz. Amablemente recibido por los religiosos, pronto la silueta de Juan Andrés se perdió en la penumbra de los largos pasillos del convento. Había encontrado, finalmente, lo que tanto había deseado: soledad, silencio y mucho ambiente de penitencia y oración en una atmósfera de cordial alegría.

Fue su maestro el P. Valentín Guerrini, hombre austero y de gran vida interior, quien lo sometió a las pruebas habituales exigidas por la regla. « Con prudencia y dulzura y más con el ejemplo que con las palabras », según su

gerencia de la regla pasionista, el maestro ayudará al nuevo novicio a « conocer la Congregación y su espiritualidad y carisma, a hacer oración, a ejercitarse en la práctica de todas las virtudes y particularmente en la propia abnegación »...

El 2 de diciembre le fue solemnemente impuesto el negro hábito pasionista. Todo era diferente que en su casa. Todo diferente sí, incluso el nombre, que le fue impuesto como signo de ruptura total con su vida anterior. En adelante se llamará *Carlos de S. Andrés* y con este nombre será universalmente conocido y proclamado Beato ante la Iglesia universal.

Un compañero suyo nos dejó este retrato del tiempo de su noviciado: « Me sentía muy edificado ante su gran santidad. Era un novicio ejemplar, lleno de fe y piedad, exacto cumplidor de las reglas, sencillo y amable, de carácter dulce y franco. Su piedad, su tierno amor, su natural alegría en las recreaciones le granjearon la estima y el afecto de todos ».

En este clima sereno de sentida piedad terminó felizmente el año de prueba y el 10 de diciembre de 1846 el novicio Carlos de San Andrés emitió los tres votos de pobreza, castidad y obediencia más el que caracteriza a los Pasionistas y que consiste en vivir en sí mismos y anunciar a los demás el misterio de la Pasión del Señor.

Como Superior Provincial, el Beato Domin-

go Barberi, visitó una vez la comunidad de Ere mientras Carlos era novicio. A continuación escribió una carta al Superior General Antonio Testa en la que le decía con no disimulada satisfacción: «Tenemos ocho novicios. Todos ellos me parecen excelentes y de forma especial los seis holandeses, dotados de un natural angélico». Entre estos novicios «de natural angélico» estaba Carlos de S. Andrés.

Sacerdote del Señor

El retiro de la Santa Cruz de Ere no era sólo casa de noviciado. Era también casa de estudios. Allí los jóvenes profesos, bajo la guía de excelentes maestros de la Congregación, cursaban los estudios de la carrera sacerdotal. Así se cumplía el ideal del mismo Fundador en orden a que los años de estudio fueran la natural continuación del mismo noviciado, evitando así que los jóvenes profesos se vieran expuestos a perder el fervor de sus primeros días en la vida religiosa.

Su preparación al sacerdocio en Ere supuso para Carlos cuatro años de intensa y exclusiva dedicación a la filosofía y teología y a las demás asignaturas complementarias. No era ya el

muchacho a quien en Sittard le hicieron pasar los libros tan malos ratos. Sin llegar en ningún momento a ser un estudiante excepcional por su inteligencia sí podemos decir que se manifestó suficientemente capaz. Lo demuestran sus apuntes de filosofía que todavía conservamos. Y fue así cómo el 25 de mayo de 1850 fue ordenado diácono y el 21 de diciembre del mismo año consagrado sacerdote por el obispo de Tournay Mons. Labbis.

Una sola pena empañó su alegría en esta circunstancia tan decisiva para su vida: la ausencia de su familia. Su padre había fallecido cuatro meses antes, el 7 de agosto, y no pudo recibir la primera bendición de su hijo sacerdote. Ninguno de sus demás hermanos le pudo hacer compañía. A ninguno de ellos volvería a ver de nuevo en este mundo como no volvería a pisar tampoco su amada tierra holandesa.

Su hermano Pedro José, que había ingresado ya en el seminario y se preparaba para el sacerdocio, le hablaba el 21 de septiembre de 1851 de sus planes de visitarle en Ere, pero también este proyecto se frustró:

«Tenía verdaderamente muchas ganas de visitarte durante estas vacaciones — le escribía —; pero desgraciadamente he tenido que renunciar con gran disgusto a este plan. Deseando mis demás hermanos y hermanas ir también ellos a Ere, me sugirieron aplazar este viaje para tiempos más favorables. El tiempo des-

truye monumentos, pero tu recuerdo jamás será desarraigado de nuestros corazones ».

De sus años de estudiante tenemos esta preciosa descripción que nos hace de él el Hermano Antonio Raaymakers, compaisano suyo y compañero durante los primeros años de su vida pasionista en Ere: « Carlos era un excelente religioso y tenía la delicadeza de un ángel. Pudieras golpearle y él, sin proferir la menor queja, te dejaría marchar con una bondadosa, amable sonrisa. Se contentaba con poco y todo lo echaba a buena parte. Si le acontecía cometer algún pequeño descuido en el cumplimiento de sus deberes, se acusaba públicamente reconociendo su falta ».

Antes de ser ordenado sacerdote, en julio de 1849, el Beato Domingo Barberi, procedente de Inglaterra, visitó la comunidad de Ere y conversó particularmente con el grupo de estudiantes. Al despedirse de ellos para regresar a Inglaterra, como nos cuenta un testigo presencial, « los estudiantes, uno de los cuales era yo mismo, conseguimos permiso para acompañarle hasta Tournay. A un cuarto de hora de distancia de la ciudad, se detuvo el P. Domingo y nos dijo: " Hijos míos, podéis regresar ya a casa. Abracémonos, pues será esta la última vez que nos veamos en este mundo, si bien espero abrazaros algún día nuevamente en el cielo ". Le hicimos notar que era joven toda-

vía y no había motivo para hablar así pues gozaba de buena salud, pero él nos replicó: " Os digo que ésta es la última vez " ».

Efectivamente, al cabo de un mes, llegaba la noticia de que el Beato Domingo había fallecido en el andén de la estación ferroviaria de Pangbourne.

Las noticias recibidas por boca del P. Domingo sobre la labor de los Pasionistas en Inglaterra y la gran necesidad de nuevos misioneros encendieron sin duda los deseos de Carlos de formar parte de aquella misión. De hecho fue allí destinado por los superiores al poco tiempo de su ordenación sacerdotal, llegando a Inglaterra el 17 de febrero de 1852.

Presencia de los Pasionistas en Inglaterra

San Pablo de la Cruz, Fundador de los Pasionistas, manifestó siempre una muy especial predilección por Inglaterra. Se cuenta de él que tuvo una visión en la que, efectivamente, contempló cómo sus hijos venían a trabajar en el Reino Unido para rehacer la unión entre los cristianos separados.

Los deseos del Fundador tuvieron venturoso cumplimiento cuando el Beato Domingo

Barberi, con otro compañero pasionista, embarcó rumbo a Inglaterra en octubre de 1841. Desde entonces hasta la consolidación de la Congregación en el Reino Unido fueron años de muchas penalidades, cierto que alegremente soportadas por aquellos valientes pioneros de la Unidad para que se abriera paso la verdadera fe católica.

Aludiendo a estas penalidades, el mismo Beato Domingo Barberi escribió un día estas reveladoras palabras: « Antes de llegar a esta isla, he pasado muchos años preparándome a mi mismo, sin cesar, para afrontar toda clase de sufrimientos. Pero ahora me parece que, de haber sabido lo que me esperaba, nunca me hubiera sentido con valor para embarcar. Tantos sufrimientos de toda clase serían insoportables incluso para un coloso. El pasado domingo me sentí deshecho y me eché a llorar amargamente. No puedo más. La cruz me resulta demasiado pesada. ¡Pero, Dios mio, si tu deseo es aumentármela, auméntame también la fortaleza! ».

Cuando el 17 de febrero de 1852 llegó el P. Carlos a Inglaterra, ya los Pasionistas se habían afianzado en el Reino Unido. Eran de sobra conocidos y estimados. Tenían varias casas y gozaban fama de santos y celosos misioneros.

A menos de un mes de haber pisado tierra inglesa, el P. Carlos informaba así a sus familiares en carta fechada el 2 de marzo.

« Mi viaje de Bélgica a Inglaterra ha sido muy feliz. Hasta Dover me acompañó un Padre belga y desde allí proseguí el viaje en solitario, principalmente por ferrocarril, que a veces se deslizaba bajo tierra quedando entonces enteramente a oscuras. La navegación por mar fue bastante buena, si bien es cierto que me sentí un tanto indispuerto, teniendo en cuenta que llovía y había mucho viento. Terminada la travesía me sentí completamente bien. En las cercanías de Londres los Pasionistas tenemos un convento donde me detuve unos días, dirigiéndome después a Aston Hall, donde permanecí cinco días, marchando luego, desde allí, a San Wilfrido con nuestro Padre Provincial y fijando mi residencia en este precioso convento. Me he aclimatado ya perfectamente en Inglaterra y empiezo a soltarme en el inglés. Pedid a Dios para que pueda aprender esta lengua, como un auténtico inglés, y rogad también por los pobres protestantes de Inglaterra para que se conviertan a la verdadera fe. También yo rezo frecuentemente por vosotros ».

Aparte las noticias, todas ellas preciosas, que en esta carta nos da con simpática sencillez el P. Carlos, es interesante notar la fortaleza de ánimo con que aceptó desarraigarse de su patria y familia para entregarse a una misión, ciertamente dura, de cuyas dificultades era sabedor. Desde el primer momento aparece situado en primera línea entre los grandes apóstolos.

toles pasionistas de la Unidad cristiana en aquella primera hora, la más apasionante, de su presencia en Inglaterra.

A este propósito puede ser de sumo interés destacar cómo el P. Carlos alude en esta su carta a su total encarnación, desde el principio, en su nuevo ambiente y cómo se va soltando en la nueva lengua que desde entonces y para siempre hasta el fin de su vida sería ya prácticamente la suya. Está seguro de su opción y sabe que no se volverá atrás. Pero solicita las oraciones de los suyos para que no solamente pidan a Dios la conversión de los ingleses a la verdadera fe sino que pidan también para que él mismo « pueda aprender la lengua inglesa como un auténtico inglés », a sabiendas de que la lengua sería para él un medio absolutamente necesario para ser eficaz instrumento de Dios en la añorada conversión del pueblo inglés.

Un año más tarde, el 16 de septiembre de 1853, repetía su información, siempre en términos muy optimistas, al escribir esta carta a sus hermanos y hermanas:

« En Inglaterra estoy contento. Todo procede bien y me siento muy a gusto en este país. Pese a que quizá no nos volveremos a ver más en este mundo, debemos esperar que sí nos volveremos a ver en el cielo, si vivimos honestamente en la tierra. Con este fin pido a diario

por vosotros en la misa que celebro todos los días ».

Su primer destino en Inglaterra fue el convento de San Wilfrido en Cotton Hall, para que se ejercitara en la práctica del inglés al lado de los jóvenes estudiantes de aquella casa.

Estando en San Wilfrido recibió la visita del P. Ignacio Spencer, famoso convertido del anglicanismo al catolicismo y primer pasionista inglés, tío de la actual futura reina de Inglaterra, Princesa Diana. De este P. Spencer a quien el P. Carlos había conocido ya en Bélgica y que siendo pasionista se haría célebre por sus campañas ecuménicas en pro de la Unidad de los cristianos por toda Europa, tenía gran concepto el Beato Domingo Barberi que informaba de esta forma a su amigo el P. Pio Cayro: « ¡Si viera cuán estupenda persona es! ¡Qué celo el suyo, qué ardor por la gloria de Dios! ¡Parece un nuevo San Pablo! ».

A raíz de esta visita, el P. Spencer escribió al Superior Provincial una carta con encendidos elogios sobre el P. Carlos « de cuyo amor a la disciplina y espíritu de responsabilidad se podía fiar absolutamente ».

Otro encuentro interesante del P. Carlos en este convento de San Wilfrido fue el que tuvo con el nuevo estudiante pasionista, recién llegado, Pablo María Pakenham, hijo del conde de Longford y sobrino del duque de Wellington. Católico desde hacía sólo dos años

y tres meses mayor que el mismo P. Carlos, había sido capitán de Granaderos en el ejército inglés. Nacido en Dublín y aceptado como miembro de la Congregación Pasionista, llegaría a ser el primer superior de Mount Argus, la primera casa de la Congregación en Irlanda. Ambos jóvenes, el P. Carlos y Pablo María Pakenham, intimaron mucho en el poco tiempo que estuvieron juntos. Mutuamente se entusiasmaron profundizando en el espíritu de la Congregación y animándose a prepararse bien para el fecundo apostolado que en el futuro les esperaba. Pakenham sirvió, además, al P. Carlos de eficaz ayuda para su perfeccionamiento en el idioma inglés.

Apostolado del P. Carlos en Inglaterra

A decir verdad, nunca el P. Carlos llegó a ser un perfecto hablante del inglés. Su acento delataba a la lengua su procedencia holandesa. Pero ello no fue, ni mucho menos, motivo suficiente para que él, lleno de aquel ardiente espíritu misionero que en sus hijos deseaba el Fundador S. Pablo de la Cruz, no se dedicara al apostolado activo en la medida de sus posi-



Imagen clásica del P. Carlos, muy conocida en Irlanda, que refleja la gran vida interior del Beato y su fervoroso espíritu de oración y unión con Dios.



Casa-molino donde nació y pasó los primeros años de su vida el P. Carlos, convertida en la actualidad en museo del Beato y lugar de encuentro y oración



El P. Carlos en uniforme de soldado. Dibujo de A. Windhausen que se conserva en el Archivo del Ejército de Holanda.



Interior y exterior de la iglesia de Munstergeleen como en la adolescencia y juventud del P. Carlos.



El P. Carlos en la época en que llegó a Doblín: verdadero retrato tomado en su madurez.



Convento e iglesia de los Pasionistas de Mount Argus (Dublín) por cuya construcción tanto trabajó el P. Carlos. La ventana abierta del segundo piso (sexta a la izquierda) indica la habitación en que falleció el Beato. (Callejón de la Nacional. Libro de Felancho).



Detalle de una fotografía tomada en grupo: el P. Carlos pocos años antes de su muerte.

A black and white photograph of a stone tombstone. The tombstone is rectangular with a cross on top. The text on the stone is in Latin. The background shows a dark, ornate metal fence.

†
SIPVUS DEI
CAROLUS A S ANDREA
SACERDOS CONC PASSIONIS
NATUS II DEC. MDCCCIII 5 JAN. MDCCCLIII

Sepulcro del P. Carlos en la iglesia de los Pasionistas de Mount Airus. meta de continuas peregrinaciones, jardín donde sin cesar florecen tantas gracias atribuidas a la intercesión del Beato.

bilidades, y siempre, como tendremos ocasión de comprobar, con gran provecho de las almas.

Tanto en Inglaterra como en Irlanda el P. Carlos sería con el tiempo sinceramente admirado y amado. No sería su apostolado un apostolado de grandes masas ni espectacular por sus formas externas. No predicaría llamativas misiones al estilo de las que leemos en la biografía de S. Pablo de la Cruz y de tantos otros celebrados misioneros de la Congregación. La misión que en Inglaterra e Irlanda realizaría el P. Carlos sería silenciosa y escondida, mas no por ello menos eficaz y beneficiosa. Como Jesús, pero con suma discreción, pasaría por el mundo haciendo el bien a manos llenas y su memoria quedaría por siempre en bendición.

Al año de estar en la comunidad de San Wilfrido, el 5 de febrero de 1853, fue trasladado a Aston Hall, comunidad parroquial compuesta de tres sacerdotes y tres hermanos coadjutores. Era ésta una parroquia preferentemente industrial, de mineros, donde abundaban los emigrantes irlandeses llegados al lugar por motivos de trabajo.

En esta parroquia, pobre y muy difícil, entabló el P. Carlos sus primeros contactos con la gente irlandesa, que tanto llegó a amar desde el comienzo y entre la que se sintió perfectamente identificado.

La región de Aston, situada en el corazón de la llamada en Inglaterra « Black Country »

debido a sus muchas minas de carbón, iba a marcar indeleblemente al P. Carlos para toda su vida a causa del conocimiento y comprensión del pueblo irlandés que inició precisamente allí, en contacto directo con tanto pobre minero procedente de Irlanda. Las desastrosas condiciones en que material y espiritualmente vivían no pocos de aquellos mineros desarraigados de su patria y no suficientemente arraigados en la nueva tierra que les había recibido y les exigía tanto esfuerzo en las minas para permitirles malvivir, hizo que el P. Carlos, como buen pasionista, se sintiera más hermano de aquellos desheredados de la fortuna, descubriendo en ellos la imagen viva del Crucificado, a quien había consagrado su vida.

Estaba ya perfectamente identificado con sus queridos mineros irlandeses de la « Black Country », cuando, pasados dos años, hubo de preparar con urgencia su humilde maletita de religioso, rumbo esta vez, octubre de 1854, al noviciado de San Wilfrido, en calidad de asistente del Maestro de novicios, P. Salviano Nardocci.

Para formar en el verdadero espíritu de la Congregación Pasionista a los nuevos reclutas que llamaban a sus puertas, se necesitaban hombres sólidamente preparados y convencidos ellos mismos del valor de la vocación. Uno de estos hombres era sin duda el P. Carlos y por ello fue en esta coyuntura enviado por los Su-

periores a la casa de noviciado, para asistir al maestro de novicios en su delicada labor.

De hecho el P. Salviano, que aceptó gustoso al P. Carlos, desde el primer momento depositó en él una confianza plena y le dejó en libertad para que plasmara en sus jóvenes discípulos el ideal del auténtico pasionista.

De las buenas cualidades del P. Carlos como religioso ejemplar y como eficaz formador nos habla esquemáticamente el mismo P. Nardocci que confiesa: « Dada la exquisita solitud del P. Carlos para con los novicios descargué en él todo el cuidado de los mismos, reservándome yo las confesiones y las conferencias ».

Al cabo de muy poco tiempo se comprobó que la casa de San Wilfrido, bien que amplia y muy capaz para albergar una numerosa comunidad, no reunía las condiciones necesarias para que en ella funcionara el noviciado. Su extrema pobreza de medios económicos y la imposibilidad de subvenir a las más perentorias necesidades, obligaron a los superiores a suprimir esta casa y a desplazar el noviciado al convento de Broadway.

Sucedió así que el P. Carlos fue exonerado de su oficio de vicemaestro, pero quedó momentáneamente en San Wilfrido en compañía de otro religioso hasta que la casa fuera definitivamente abandonada por los Pasionistas.

Podrá extrañar quizá a alguno esta medi-

da. Pero desaparecerá seguramente toda admiración si se tiene en cuenta que los Pasionistas, a causa de ciertas desagradables incidencias entre el párroco, sacerdote diocesano, y el obispo, se habían hecho cargo temporal de la parroquia. Habiéndose trasladado el noviciado a otro lugar, no pudo, sin embargo, procederse al cierre definitivo de la casa de San Wilfrido mientras el obispo no enviara otro párroco del clero diocesano. Fue por esto que el P. Carlos y otro Padre continuaron algo más allí, dedicados a tiempo pleno al ministerio parroquial.

Con la serenidad inalterable de siempre y con un formidable espíritu de entrega a la voluntad de Dios, recibió el P. Carlos este brusco e inesperado cambio de dirección en su vida. Se sentía muy satisfecho entre los jóvenes novicios y los novicios le amaban de verdad, correspondiendo con amor a sus desvelos. Pero el Señor había manifestado su voluntad por boca de los superiores y el P. Carlos se entregó desde el primer día al servicio de aquella parroquia tan extensa y difícil en que se desvivió por servir a todos, católicos y no católicos, visitándoles de la mañana a noche a domicilio.

A los tres meses llegó el nuevo párroco nombrado por el obispo, y el P. Carlos pudo emprender viaje a Santa Ana de Sutton, muy cerca de la ciudad de Liverpool, a donde había sido destinado.

Llegado a Sutton en marzo de 1856, el 25

de junio se trasladó a Londres donde permaneció no más de un año. Aquí, en Londres, tuvo la alegría de volver a saludar al P. Pablo María Pakenham, ya sacerdote, que, procedente de Roma, iba de camino hacia la fundación de Dublín, Mount Argus, donde sería el primer superior.

En Irlanda, patria de adopción del P. Carlos

El P. Carlos tenía ya 35 años. Buena edad para realizar cosas grandes por Cristo y los hermanos. Edad de la plenitud. La del P. Carlos era una plenitud madura en la doble vertiente espiritual y corporal. De esta plenitud ubérrima se iba a beneficiar ampliamente el pueblo irlandés que el P. Carlos había comenzado a tratar y querer en la zona minera de Aston Hall y que desde este mismo momento y fecha, trasladado ya a Irlanda, su nueva patria, sería por siempre considerado por él como su propio pueblo.

El 9 de julio de 1857 hizo su entrada en Dublín, donde los Pasionistas ocupaban ya desde el 15 de agosto de 1856 la casa de ladrillos rojos de Mount Argus en las afueras de

la capital. Pocos meses antes la pequeña comunidad había sido terriblemente probada con la inesperada muerte de su primer superior el Pablo María Pakenham, amigo del P. Carlos. Con la llegada da éste, portador de sereno optimismo, renació la esperanza en el decaído ánimo de los religiosos.

El P. Carlos informaba a sus familiares sobre su nuevo destino, con fecha 1 de abril de 1858:

« Desde el 9 de julio de 1857 estoy en esta ciudad de Dublín, capital de Irlanda. Sus habitantes hablan el inglés. En Irlanda sólo tenemos este convento, donde somos cinco sacerdotes y cinco hermanos coadjutores. En relación con el gran número de católicos, en Irlanda hay pocos sacerdotes, y por mi parte tengo que celebrar dos misas cada domingo. Casi a diario confesamos desde la mañana a la noche. Si hubiera doce sacerdotes, para todos tendríamos suficiente trabajo en la predicación y en oír confesiones. Aquí cabe hacer mucho bien en la viña del Señor. Irlanda, como bien sabéis, es un país católico con ocho millones de habitantes, donde por más de 300 años sufrieron los irlandeses crueles persecuciones. A pesar de todo, los irlandeses se conservaron fieles a la fe católica ».

Por lo que nos cuenta el P. Carlos y lo confirman las crónicas de la Congregación de aquellos años abundaba el trabajo y el P. Car-

los se entregó a él con entusiasmo. Confesar de la mañana a la noche, celebrar y presidir los actos de culto, anunciar como misionero infatigable el Evangelio de la Pasión, bendecir sin cesar y hacer el bien: el P. Carlos se sentía en su centro; estaba bien en su nuevo destino de Irlanda.

Pero la casa era pequeña e incómoda y había que agrandarla. El proyecto que había preparado el famoso arquitecto McCarthy era ambicioso, mientras que los medios económicos de la comunidad eran llamativamente escasos. ¿Cómo salir al paso de los muchos gastos que las obras iban a suponer? El superior, P. Osmundo Maguire, pensó en la buena voluntad y espíritu de sacrificio del P. Carlos a quien encomendó el laborioso ministerio de recorrer personalmente los caminos de Irlanda hasta sus confines más remotos, solicitando la ayuda de los buenos irlandeses. Fue un ir y venir de muchos años en todas las direcciones. Siempre devoto, optimista, sonriente. Fue un servicio y un apostolado. En todas las puertas a las que llamaba, dejaba el buen recuerdo de su presencia de santo religioso y la bendición de sus manos sacerdotales. Desde entonces empezó a ser ya conocido y amado como « el santo de Mount Argus ».

En carta del 20 de noviembre de 1862 a su hermano sacerdote le escribe:

« Hemos construido en Dublín un gran

convento que ha costado cerca de ocho mil libras esterlinas. Los mismos irlandeses non han proporcionado este dinero, pues son muy caritativos para con la religión católica ». De hecho la nueva casa de Mount Argus fue bendecida el 8 de septiembre de 1863 por el arzobispo Cullen. Fue una jornada de gran regocijo para todos. Pero particularmente gozoso tuvo que sentirse el P. Carlos a quien, humanamente al menos, se debía en gran medida el mérito de la obra. No podía figurarse entonces que se estaba preparando para sí mismo el santuario en que serían celosamente custodiadas sus venerables reliquias cuando llegara la apoteosis de su glorificación en la tierra.

Las bendiciones del P. Carlos

Al poco tiempo de su llegada a Mount Argus se empezó a producir en torno a su persona el fenómeno que en otras épocas y lugares de la historia cristiana se había producido ya. El buscaba la soledad y en la soledad el contacto con Dios. Pero su soledad se veía invadida de continuo por gentes que día y noche buscaban en él al hombre de Dios, portador y mensajero de bendición y de gracia.

Cesaron sus correrías por Irlanda en busca de ayuda para las obras del nuevo convento. Pero no cesó, más bien creció insospechadamente, el concurso de gentes que lo asediaban solicitando sus bendiciones y perdones. He aquí esta preciosa referencia que encontramos en los *Anales de la Provincia Anglo-Irlandesa*: « Por algún tiempo su salud dejó mucho que desear como consecuencia de su constante atención al pueblo que llegaba de todas partes desde Irlanda, y algunos desde Inglaterra, Escocia y hasta desde América, solicitando su bendición. Se decía que muchos habían sido curados de sus enfermedades, pero nosotros no dimos ningún paso para verificar estos "milagros" de los que el pueblo hablaba. A cualquier hora del día, desde la mañana a la noche, llegaban gentes pidiendo bendiciones y milagros al P. Carlos. El P. Carlos se sentía más y más débil ».

El P. Salviano, consumado cronista, nota que « el pobre P. Carlos no tenía ni un momento para sí mismo y, como consecuencia, al no cuidar de su persona, enflaqueció y se debilitó mucho ».

Pero entre tanta gente que con muy buena fe buscaba al P. Carlos y proclamaba los divinos beneficios recibidos por su medio, no faltaron algunos desaprensivos que dolosamente se quisieron beneficiar del halo de santidad y devoción que rodeaba al buen Padre. Todo

ello, naturalmente, con total desconocimiento por parte del P. Carlos. Llegaron algunos a vender « agua santa » que aseguraban estar bendecida por el P. Carlos y ésta fue la razón por la que el Arzobispo de Dublín pidió al Provincial de los Pasionistas que alejara temporalmente de Dublín al P. Carlos. Esta medida, aunque dolorosa, fue verdaderamente providencial. Primero porque el P. Carlos pudo manifestar entonces mejor que nunca la heroicidad de su fortaleza mediante su entera y humilde sumisión a los superiores y, en segundo lugar, porque así pudo descansar algún tiempo, bien que relativamente, recuperando nuevas energías para los años que todavía tendría que seguir sirviendo a sus hermanos irlandeses.

¿Paréntesis de descanso en Inglaterra?

El 4 de julio de 1866, llegaba de nuevo a Inglaterra y concretamente al convento de Broadway donde encontró de superior al P. Raimundo Disano con el que ya había colaborando, primero en la parroquia de San Wilfrido y después en Mount Argus. Iba, sobre todo, a descansar y así lo hizo los primeros días contagiando alegría y fervor al grupo de novi-

cios. Pero al cabo de poco tiempo se sintió con suficientes energías para prestarse a las labores pastorales de la pequeña parroquia contigua al retiro, servida por los Padres de la comunidad.

Fue un período de año y medio en que preferentemente se entregó, al lado de los novicios, a la vida interior y a la oración. Desde su pequeña habitación contigua a la capilla le resultaba fácil vivir en compañía y adoración habitual de Jesús Sacramentado. No ocultaba además el gozo que le producía presidir en ocasiones la liturgia tanto en la misa como en el canto solemne de las horas canónicas. Tenía una preciosa voz que él gustosamente empleaba para alabar a Dios y solemnizar mayormente los actos de culto en la comunidad.

Repuesto en su estado de salud y recuperadas nuevas energías, el 27 de noviembre de 1867, fue trasladado al retiro de Santa Ana de Sutton, donde años atrás, antes de ir a Dublín, había formado parte de la comunidad por espacio de muy pocos meses. Como nos refiere el historial de aquellos años, « como toda su vida, su partida fue tranquila y silenciosa por amor de Dios, por quien solamente vivía. Pero no quiso partir sin despedirse afectuosamente de todos. Visitó a los novicios en la sala de la recreación y después de despedirse de cada uno por separado, les dejó impartiendo a todos su bendición y expresando el au-

gurio de verles nuevamente antes de morir. ¡Ojalá sigamos todos el ejemplo que nos ha dejado! ».

El 27 de noviembre de 1867 el cronista del convento de Santa Ana de Sutton registra esta noticia: « Esta tarde ha llegado de Broadway el P. Carlos como miembro de esta comunidad ». Quien registraba la noticia era el mismo P. Salviano Nardocci, ahora rector de Sutton, y con anterioridad maestro de novicios, asistido como vicemaestro por el mismo P. Carlos.

El P. Salviano, perfecto conocedor de la integérrima vida espiritual del P. Carlos y de su fervoroso espíritu apostólico, pronto echó mano de él para el servicio pastoral de la parroquia, confiándole la atención pastoral de los enfermos, la instrucción catequística en las escuelas y las confesiones y, en ocasiones, la predicación en la iglesia del retiro. No es que el P. Carlos fuera un elocuente predicador. Además, su inglés no era, como puede suponerse, excesivamente académico. Pero cuando hablaba convencía a sus devotos oyentes. Les conmovía, sobre todo, profundamente cuando les hablaba de sus temas preferidos, la salvación del alma, el pecado, la muerte, el juicio de Dios y, sobre todo, la Pasión del Salvador.

Sobre la predicación del P. Carlos y su eficacia entre quienes le escuchaban tenemos preciosos testimonios. Entre todos ellos escogemos

éste del Dr. Tomás Mc Grath, que había sido antiguo alumno de los Pasionistas y que desde muy joven había tenido ocasión de conocer con una cierta intimidad al P. Carlos.

Fue con motivo de una de aquellas procesiones que en el mes de mayo se solían organizar en Mount Argus a la Gruta de Lourdes muy veneraba allí. El P. Carlos, como de costumbre en estas ocasiones, y con gran gozo de su alma ardientemente mariana, presidía el acto y al final del mismo habló con gran fuego a los devotos. El Dr. Mc Grath nos refiere sus impresiones con estas palabras:

« Oí predicar al P. Carlos. Perfectamente me acuerdo de su grande celo. Se le veía extender las manos cual si deseara atraer a Dios todas las almas que le escuchaban. Tema de su predicación fue la Madre de Dios. Era un predicador digno de nota, su voz era potente, accionaba mucho y era un tanto prolijo al predicar. Confieso que no le oí predicar en la iglesia o desde el púlpito sino al aire libre con ocasión de las procesiones del mes de mayo. A ratos parecía cual si le venciera la emoción y el celo. A sus oyentes se les notaba conmovidos con sus palabras. Le escuchaban con mucha atención y de tanto en tanto se oía algún suspiro o gemido haciendo eco a la emoción del predicador ».

Sobre su apostolado en Sutton se nos informa que « noche y día el P. Carlos era lla-

mado para asistir a los enfermos, administraba los sacramentos, permanecía largas horas clavado en el confesonario, catequizaba, predicaba; en una palabra, el mayor peso del trabajo gravitaba sobre los hombros del P. Carlos ».

Y no se limitaba su trabajo a la parroquia de Sutton. Se extendía también a otros lugares y era frecuente que desde Irlanda le llegaran cartas y visitas de enfermos en demanda de bendición, con la esperanza de ser curados.

El 25 de septiembre de 1872, después de haber trabajado pastoralmente con mucho fruto en la parroquia de Santa Ana de Sutton fue trasladado a Londres para disponer su marcha definitiva a Irlanda.

Su estancia en Inglaterra, que se había prolongado ocho años largos y particularmente los cinco que pasó en Sutton, lejos de haber sido para el P. Carlos el paréntesis de descanso previsto, fue más bien un período de fervoroso dinamismo apostólico en la misma línea de acción de sus mejores años de Dublín.

Regreso definitivo a Dublín

El 10 de enero de 1874 la crónica del convento de Dublín registra estas noticias referente al P. Carlos: « Sábado. Esta mañana lle-

gó el P. Carlos Houben procedente de Highgate, Londres, para formar parte de esta comunidad. El P. Carlos es muy conocido en esta ciudad de Dublín como en Irlanda toda, a causa de tantas curaciones que se dicen recibidas mediante sus bendiciones con la reliquia de San Pablo de la Cruz y el agua santa bendecida con dicha reliquia. El P. Carlos fue uno de los primeros Padres que vinieron a Dublín después de la fundación habiéndolo dejado en 1867 cuando fue trasladado de Dublín por resultar demasiado famoso en razón de sus extraordinarias curaciones ».

Pronto su regreso se esparció como reguero de pólvora y de nuevo el convento de Mount Argus se llenó de peregrinos de toda condición social que demandaban la presencia del buen Padre. Los irlandeses no lo habían olvidado. Su memoria permanecía viva entre ellos y pronto, día y noche, empezaron a llegar junto a él por centenares y millares gran cantidad de gentes, sobre todo enfermos en demanda de curación.

Mount Argus resultaba un escenario demasiado estrecho para la acción bendicente y saludable del P. Carlos. Bastaba que se moviera en cualquier dirección y hacia cualquier punto de la ciudad o fuera de la misma para que la gente le siguiera y siempre con particular preferencia los enfermos.

Lo más llamativo en él era que, pese al absorbente trabajo en que se veía metido, nunca perdía la calma. Se le veía absorto en Dios como profundamente metido entre los muros de su mundo interior. Era evidente que vivía inmerso en la presencia de Dios cual si nada de cuanto acontecía en torno suyo le distrajera de sus altos pensamientos.

Isabel Costello, hija del conductor que tantas veces llevó al P. Carlos en gira de acción pastoral, incluso por la noche, nos ofrece esta referencia recogida de su padre: « El P. Carlos, cuando viajaba en el coche de mi padre, rezaba sin cesar. Rezaba a lo largo de todo el trayecto. Cuando oscurecía se hacía llevar una candela para leer mejor las oraciones. Al llegar al final del trayecto parecía tan absorto en la oración que había que llamarlo por su nombre. Amaba profundamente al prójimo, lo que se demuestra con claridad meridiana por sus frecuentes visitas a los enfermos. Hacía estas visitas con bueno y mal tiempo y a todas las horas, con frecuencia tarde y por la noche. El P. Carlos respondía siempre inmediatamente para acudir a este caritativo ministerio ».

Al bendecir tenía un estilo del todo particular. Siempre empleaba el agua bendita y la reliquia de S. Pablo de la Cruz, hacia quien, como buen discípulo y seguidor, sentía una inflamada devoción. Oraba largamente sobre los

enfermos y solía recitar oraciones espontáneas compuestas por él mismo. Algunas de estas oraciones han llegado hasta nosotros y son un modelo de delicadeza de sentimientos y de profunda fe.

El 28 de abril de 1878 fue para el P. Carlos y toda la comunidad de Mount Argus un día de gran alegría. Cuando en 1863 se terminó la obra del convento no se llegó a realizar el proyecto de la nueva iglesia por no haberle parecido necesario al Obispo un templo tan espacioso en aquella zona periférica tan poco poblada entonces. Este proyecto se llegó a perder y el mismo arquitecto McCarthy presentó más tarde otro nuevo iniciándose los trabajos en 1870. Así surgió el templo actual, de estilo románico, con sus dos esbeltas torres en la fachada. En este templo, en cuya construcción tanto trabajó el P. Carlos, recibiría un día privilegiado enterramiento, pudiendo continuar así, desde allí, después de su muerte, la obra de bendición y santificación que había iniciado y llevado a cabo en vida.

Viviendo en la tierra, muchos enfermos decían haber recibido la salud perdida por la oración del P. Carlos. Después de muerto proseguiría la misma benéfica labor y por millares se alzarían multitud de voces al cielo, bendiciendo a Dios por haberles concedido en el P. Carlos tan poderoso intercesor.

Preparándose para el gran viaje

Viendo al P. Carlos entregado sin descanso al trabajo apostólico y al cultivo de la vida interior, dijérase que en esta última etapa de su vida le corría prisa para prepararse esmeradamente al gran viaje hacia la eternidad. Para quienes convivían a su lado esto era evidente, como también lo era para su misma familia a quien, de tanto en tanto, enviaba desde Irlanda sus noticias. En sus últimas cartas frecuentemente alude al recuerdo de la muerte.

Escribe a su tío sacerdote en 1876: « Le ruego pida para mi al Señor una santa muerte. Desearía también que mis hermanos y hermanas y sobrinos rezaran toda su vida un avemaría diaria y también la oración de S. Bernardo que comienza así: "Acordaos oh piadosísima Virgen Maria" para obtener una buena muerte ».

A su hermano sacerdote le hace este encargo el 20 de abril de 1882: « Hazme la caridad de rezar en cuantas misas celebras pidiendo para ti y para mi una buena y santa muerte ».

El 30 de mayo de 1883 reitera a éste su mismo hermano y a todos sus familiares: « Os pido que recéis todos tres avemarías por mi, a fin de que el buen Dios me conceda una buena muerte ».

El 24 de agosto de 1883 escribe a su tío sacerdote: « Pidamos al bueno y misericordioso Señor las siguientes gracias: el don de la oración, la perseverancia y una buena muerte. Estad seguros, dice S. Agustín, que la misericordia divina nunca os abandonará si perseveráis en la oración ».

El pensamiento del gran viaje es continuo en el buen P. Carlos. Vive en el tiempo pensando en la eternidad. El 13 de agosto de 1886, ya viejo, pero en plena actividad, recuerda a sus hermanos: « Celebro a diario la santa misa, predico, oigo confesiones, hago oración y bendigo a cuantas personas llegan a nuestra iglesia ». Termina estas noticias sugiriendo a sus familiares que permanezcan como él en los corazones de Jesús y de María, pidiendo diariamente a la Virgen la gracia de la perseverancia en el bien y una buena muerte.

La última carta que de él conservamos lleva la fecha del 29 de noviembre de 1889. En esta carta escribe a su hermana: « Seis religiosos han fallecido ya en esta casa de Dublín (desde su fundación). Preveo que también yo moriré pronto. Hazme la caridad de rezar por mi a fin de que el buen Dios me conceda misericordiosamente una buena muerte y un juicio favorable ».

Tanto la espiritualidad como la predicación del P. Carlos lleva la marca del continuo pensamiento de los novísimos y es muy posible

que esto obedeciera a su primera formación cristiana, recibida en su parroquia de origen, Munstergeleen, donde el P. Delahaye, primer sacerdote que influyó en su vida, dejó esta particular impronta, fruto de su personal formación en el seminario.

El pecado, la penitencia, la muerte, el juicio de Dios, la salvación del alma, la posibilidad de condenarse eternamente, eran los temas preferidos en la predicación del P. Delahaye y fueron también los del P. Carlos. Cuando predicaba sobre estos temas, pese a su inglés demasiado elemental, la gente le oía con devoción y se excitaba al arrepentimiento. El confesonario del P. Carlos se llenaba de penitentes y la vida cristiana florecía a su alrededor.

María en la vida del P. Carlos

Estos serios pensamientos perdían en el ministerio pastoral del P. Carlos sus contornos sombríos, iluminados por la sonrisa y la presencia de María.

El P. Carlos era muy devoto de la Virgen y hacía que cuantos se acercaban a él pusieran en María sus mejores esperanzas. De esta forma si el pensamiento del pecado, de la muerte

y del tremendo juicio de Dios es cierto que le incitaban a un saludable temor, este temor se cambiaba en serena esperanza al saberse amparado bajo la intercesión misericordiosa de una Madre tan buena como es para todo cristiano, justo o pecador, la Virgen nuestra Señora.

En uno de los sermones del P. Carlos llegado hasta nosotros el buen Padre presenta la llegada de un alma en pecado ante el tribunal de Dios y exclama: « En la hora de la muerte ¿a quién podrá volver sus ojos un alma que ha cometido tantos pecados mortales? ¿Al Padre Eterno a quien durante tanto tiempo despreció? ¿Al Hijo a quien tantas veces crucificó? ¿A los ángeles prontos a blandir su espada para castigar a esta alma? ¿A los santos que gozan en la gloria de la felicidad del cielo? ¿A quién volverá entonces sus ojos? ¡Ah sí, a la Madre de Dios, a María, el único refugio de los pecadores!. ¡A ti recurrimos, oh María! ».

Era frecuente en él incitar a cuantos se ponían bajo su dirección a una ferviente y filial devoción a nuestra Señora. Esto se palpa gozosamente en su misma correspondencia con la familia. En sus cartas es frecuente que aluda a la Virgen.

A una sobrina suya le escribe por ejemplo el 15 de agosto de 1865, festividad de la Asunción: « Os saludo a todos en esta preciosa fiesta de la Virgen: invoquemos con frecuen-

cia a la poderosa Madre de Dios para que nos asista en nuestra última hora ».

A su hermano sacerdote le encarga en carta del 24 de mayo de 1871 que pregunte a sus hermanos y sobrinos « si son fieles al rezo de las oraciones de la mañana y de la noche, si, a ser posible, asisten a misa diariamente y si rezan el rosario por la noche ».

Sabemos ya cómo recomendaba a sus familiares que rezaran el « Acordaos » de S. Bernardo para alcanzar la gracia de una buena muerte por intercesión de la Virgen y conocemos también su recomendación a sus hermanos de vivir metidos en los corazones de Jesús y de María pidiendo particularmente a la Virgen la perseverancia en el bien y la gracia de una santa muerte.

A su hermana Sibila le recomienda leer el precioso cuanto famoso libro de S. Luis María Grignon de Montfort *El Secreto de María*. El mismo consideraba este precioso librito como uno de sus preferidos al igual de otro del mismo santo autor, ampliamente difundido por aquella época entre las personas devotas, *El tratado de la verdadera devoción a María*.

El P. Carlos era un gran rezador y estaba dotado, por así decirlo, de un particular carisma para componer oraciones propias, algunas de las cuales han llegado hasta nosotros. Entre estas oraciones nos complace recoger aquí la siguiente:

« Santísima Virgen María, Madre y Señora mía: cuán dulce es para mi postrarme a tus plantas para implorar tu incesante ayuda. Si las madres de la tierra no cesan de acordarse de sus hijos, cuánto menos tú, querida madre, te olvidarás de mí, tú que eres la más bondadosa de todas las madres. Te ruego me concedas tu constante ayuda en todas mis necesidades, en todas mis penas y particularmente en los momentos de tentación. Puesto que soy hijo tuyo, te suplico también tu protección a favor de cuantos sufren en estos momentos. Ayuda a los débiles, sana a los enfermos, convierte a los pecadores, consuela a todas las madres de la tierra que en este mismo instante están velando por sus hijos. Abre las puertas del cielo a quienes amamos en la tierra y sufren ahora en el purgatorio. Madre querida, a cuantos encarecidamente te invocamos, concédenos verte, amarte y agradecerte eternamente en el cielo, así sea ».

La Pasión del Señor en el centro de su vida

La expresión más clara de su gran vida interior y de su intenso espíritu de oración fue en el P. Carlos su devoción a la Pasión y Muerte del Salvador. Devoción que al propio

tiempo era en él auténtica vida. Meditando a diario en la Pasión y Muerte del Salvador de tal forma se identificó con el divino Paciente que fue una fiel imagen o reproducción del Varón de Dolores.

Por el voto que caracteriza a los Pasionistas de vivir en sí mismos y promover entre los demás la memoria y la vivencia de la Pasión, el P. Carlos ante todo hizo de la meditación del misterio de la Pasión el centro de su espiritualidad. En la Pasión meditaba día y noche. En la Pasión aprendía a vivir en continua tensión de entrega al amor de Dios y al servicio de los hermanos.

Oyendo hablar de la Pasión se emocionaba hasta las lágrimas. Era costumbre suya llevar en el breviario y libros de devoción una imagen de Jesús Crucificado que contemplaba con frecuencia lleno de amor. También estaba habituado a llevar en la mano un pequeño crucifijo que de tanto en tanto acercaba a los labios para estamparle un beso de amor. Entre sus ejercicios externos de devoción quizá el que más le agradaba era recorrer las estaciones del viacrucis. Practicaba este ejercicio en comunidad o a solas. En la penumbra del coro privado de la comunidad se le veía a diario recorrer el camino de la cruz, arrodillándose y alzándose con gran dificultad, a consecuencia de una caída que había sufrido en 1881 y que

le dejó un continuo dolor a las rodillas para todo el resto de su vida.

En sus cartas se trasluce su amor a la Pasión y cómo, siendo este misterio de amor el centro de su espiritualidad, trataba de que también los demás aprendieran en la Pasión de Cristo el secreto de un auténtico vivir cristiano. A su hermano sacerdote le escribe con fecha 20 de noviembre de 1862: « Tratemos de agradar en todo a Dios, pensando con frecuencia en la Pasión de Cristo y en los dolores de María ». A su hermana María Cristina le hace esta recomendación el 22 de marzo de 1867, por medio de su tío sacerdote: « Que no decaiga de ánimo en los sufrimientos y que para ello se acuerde de la Pasión de nuestro Señor. El Señor prueba a quienes ama, según S. Pablo. Que mi querida hermana se acostumbre a pronunciar estas palabras tan suaves y meritorias: ¡Bendito sea Dios; que se haga su voluntad; Dios mío, te doy gracias por estas enfermedades, por estas cruces! ».

A su hermana Ana María le sugiere el 29 de noviembre de 1889 que se ejercite a menudo en actos de verdadera contrición utilizando esta plegaria que atribuye a S. Francisco de Sales: « Salvador mío Jesucristo, por los méritos de tu santísima Pasión y Muerte, otórgame la gracia de una perfecta contrición de mis pecados y de no volver a ofenderte nunca más ».

Siguiendo las huellas del Fundador de la Congregación S. Pablo de la Cruz, fue sin duda el P. Carlos un auténtico contemplativo de la Cruz. De su contemplación, empapada en esencias y aromas de Calvario, le nació aquel su espíritu apostólico que le hizo correr de continuo al lado de todo dolor humano, espiritual o corporal, para aliviar, curar y perdonar. Su continuo servicio a los enfermos, los moribundos, los pecadores, lo mismo de día que de noche, sólo se explica desde la dimensión de la Cruz de Cristo que veía repetida en multitud de hermanos, enfermos o pecadores.

En esta línea se comprende lo siguiente que nos cuenta un testigo y que se repite aca y allá a lo largo de los procesos de canonización: « El P. Carlos estaba por entero a disposición de los enfermos, los pobres y los moribundos. Continuamente era solicitado. Yo mismo fui a buscarle muchas veces, y siempre lo encontré afectuoso y asequible. Yo mismo le pedí que me bendijera: me miró con mucho cariño y posó su mano sobre mi cabeza; siendo yo niño todavía, tuve la sensación de que el hombre que me bendecía era algo fuera de lo ordinario, a un nivel muy elevado sobre los demás y a pesar de todo muy accesible. Sobre la caridad del P. Carlos se hablaba universalmente en Dublín por aquellos días. Era muy requerido por toda clase de enfermos y necesitados

y siempre se le veía a disposición de todos. En mis rondas como policía tropecé muchas veces con gentes que me preguntaban cuándo y dónde podían ver al P. Carlos. Con frecuencia me causó maravilla la paciencia del P. Carlos. Nunca descubrí en él una señal de impaciencia cuando las gentes le seguían tan insistentemente y según mi criterio tan irracionalmente. Con frecuencia sentí la tentación de intervenir y alejarlas de él a quienes le importunaban, pero él nunca mostró ningún indicio de sentirse hastiado de aquella compañía ».

Sin duda, viviendo el misterio de la Pasión en si mismo, había conseguido hacerse todo para todos. Era una forma de manifestar con la mayor evidencia que no hay mayor amor que el dar la vida por los hermanos. Había optado por los pobres, por los enfermos. Como Jesús, minuto tras minuto, y cierto que dolorosa aunque gozosamente, les entregaba su vida.

El P. Carlos alma encendidamente eucarística

Su devoción a la Pasión del Señor, tan destacada en él como buen pasionista que era, tuvo una de sus más evidentes y tangibles ex-

presiones en el amor que hacia el misterio de la Eucaristía llenaba hasta rebosar su corazón. Desde muy niño había cultivado con particular esmero este amor. No conviene olvidar aquel detalle ya notado al tratar de los primeros años de su vida en familia. Al anochecer todos estaban recogidos en casa. El único que a veces faltaba era él. Pero su madre no se alarmaba. Sabía que estaría en la iglesia en solitaria y devota adoración ante el Santísimo, y verdaderamente era así.

Abrazada la vida pasionista, este su amor a la eucaristía subió muchos grados en la escala de sus devociones preferidas. Los religiosos que convivieron con él en los diversos períodos de su vida religiosa coinciden en la afirmación del P. Eugenio Nevin que afirma en el Proceso: « Era muy devoto del Santísimo Sacramento. Con frecuencia se recogía en la tribuna del órgano donde cómodamente podía permanecer solo ante Nuestro Señor sin que nadie le molestara ».

El doctor Mc Grath, evocando sus años de niño cuando estudiaba en el colegio de los Pasionistas de Dublín, recuerda la impresión que le producía ver al P. Carlos postrado en oración ante el sagrario. « Frecuentemente le solía ver en la iglesia ante el Santísimo Sacramento. Yo le miraba cuando él creía que nadie le estaba observando. Permanecía arrodillado sobre el desnudo pavimento de piedra, sin

apoyo, e inclinado en oración. A veces le oía proferir jaculatorias y exclamaciones cuando oraba. Creo que pasaba muchas horas de esta guisa ».

Su misa era todo un poema de devoción. Algo inédito y fuera de lo común. En general se dice en los Procesos que la misa del P. Carlos se prolongaba notablemente. Lo aseguran viejos y jóvenes, religiosos y seculares. Unos hablan de tres cuartos de hora. Otros de una hora y más. Se asegura también que permanecía largo tiempo como en estado de éxtasis y que derramaba en ocasiones abundantes lágrimas durante la celebración.

El P. Eugenio Nevin le vió « muy fervoroso cuando celebraba la misa y con frecuencia emocionado hasta las lágrimas, especialmente cuando en la misa se conmemoraba alguna de sus particulares devociones, per ejemplo la Pasión del Señor ».

El P. Bernardo Mangan puntualiza: « Era notable la devoción que manifestaba tener durante la misa. Sobre todo después de la consagración en que parecía sumido en un raptó de contemplación, teniendo que tirarle del hábito el ayudante para que retornara en si ».

Terminamos esta breve serie de interesantes testimonios con el del ya conocido doctor Grath que nos ofrece estos pormenores, ciertamente reveladores del encendido amor del P. Carlos al misterio eucarístico:

« La actitud del P. Carlos cuando celebraba misa y asistía a otras funciones sagradas en el templo era de una devoción extática. Frecuentemente le ayudé a misa que algunas veces duraba más de una hora. Parecía estar en éxtasis y yo me veía en la precisión de tirarle de los ornamentos para que prosiguiera el divino sacrificio. Sus movimientos cuando distribuía la sagrada comunión era de suma piedad y profería las palabras con tal fervor que bien se veía que su corazón estaba enteramente penetrado con la acción que estaba realizando. Me atrevo a decir que nunca he visto ningún otro sacerdote que me produjera tanta impresión por su manera de desempeñar las funciones litúrgicas ».

Vida de oración

La vida del P. Carlos, profundamente inmersa en la contemplación de la Pasión y Muerte de Jesús, se caracterizó lógicamente por un grande espíritu de oración y de continua unión con Dios.

También en esto puede decirse que el P. Carlos fue un perfecto pasionista. El Pasionista transcurre muchas horas del día entregado a la práctica de la oración, lo cual, tarde o tem-

prano, termina por hacer de él un verdadero hombre de oración. Como deseaba el Fundador S. Pablo de la Cruz, el buen pasionista debe aspirar a ser místico y apóstol a la vez y esto no se concibe sin un gran espíritu de oración y una práctica continuada de la misma en constante relación dialogante con Dios y con cuanto nos lleva a Dios.

Para mantenerse en tensión de amor como hombre de oración, el P. Carlos experimentó algunos riesgos que superó sin mayor dificultad ayudado de la gracia. No fue el menor de estos riesgos el excesivo activismo y dispersión en que la comunidad de Dublín se vió inmersa con motivo de las obras que durante largos años se fueron realizando en el convento y en la iglesia. Hubo momentos especialmente difíciles para la comunidad y hasta el mismo Superior General, P. Bernardo María Silvestrelli, beatificado a la vez que el P. Carlos, tuvo que intervenir lamentando algunos excesos en la disciplina conventual.

El P. Carlos se mantuvo en todo momento fiel a sus deberes, sirviendo de ejemplo a los demás, hasta el punto de que el mismo Beato Silvestrelli se manifestó profundamente impresionado por su espíritu de oración y alto grado de unión con Dios, cuando en 1879 visitó la comunidad de Dublín.

Como de la abundancia del corazón habla la boca, el P. Carlos, tan amante de la oración,

no podía menos de inculcar este mismo espíritu en los demás. Lo hacía con el ejemplo y también, siempre que podía, con las palabras. Escribiendo a su tío sacerdote en 1883, le recomendaba: « Reza en todo momento y pide que la voluntad de Dios se cumpla enteramente en ti. La *Imitación de Cristo*, de Tomás de Kempis, nos enseña a pedir a nuestro bueno y misericordioso Señor estas gracias: el espíritu de oración, la perseverancia y una muerte feliz. Como dice S. Agustín, confía en que la divina misericordia nunca te abandonará si perseveras en la oración ».

En su gran espíritu de oración encontró el P. Carlos la fortaleza necesaria para mantenerse fiel a sus deberes de religioso, para no menguar su esforzado servicio a los enfermos, a los pobres y a los pecadores y también para no perder la paciencia ante las frecuentes y, al decir de testigos presenciales, injustas correcciones a que frecuentemente le sometía el P. Salviano quien (también se nos dice esto) quizá obraba así obedeciendo orientaciones de los superiores mayores.

Entraba dentro de los planes de la Providencia de Dios, como en la vida de Santa Teresita de Lisieux en relación con la M. Gonzaga, abadesa del monasterio, que sus mismos superiores no le comprendieran o fingieran no comprenderle en ocasiones para que se viera más claramente la buena ley de su heroica virtud.

Perfil humano del P. Carlos

Que el P. Carlos fuera un hombre de intensa y sólida vida interior nadie lo podrá negar. Un hombre de mucha oración que había entendido al pie de la letra la recomendación del Señor en el Evangelio en orden a orar perseverantemente. No es por ello extraño que la Iglesia, estudiando meticulosamente su vida durante largos años, lo declarara heroico en la práctica de todas las virtudes presentándolo ahora, al beatificarlo, como modelo digno de imitación.

La imagen que más se ha difundido sobre él hasta la fecha, nos lo presenta ya anciano, como un asceta demacrado y sarmentoso, cubierta su calva venerable por el bonete romano, blanco el cabello en torno a sus sienes, los ojos entornados en actitud de profunda meditación, revestido del negro hábito pasionista, con el escudo o emblema de la Congregación bien visible sobre el pecho, en las manos un libro y un pequeño crucifijo que amorosamente estrecha.

Figura de místico y asceta. Reclamo clamoroso hacia lo trascendente. Reclamo, sobre todo, para alzar la mirada por encima del rasero de las cosas y realidades terrenas asomándonos

por los caminos de la reflexión al mundo misterioso e ilimitado del espíritu. Visto así el P. Carlos, pudiera a simple vista parecer un hombre excesivamente desencarnado, pero se equivocaría de plano quien así sumariamente lo juzgara.

El P. Carlos, hombre de gran vida interior, de ferviente espíritu de oración, fino contemplativo de la cruz, buscador inquieto de la verdad esencial, era un hombre lleno de natural espontaneidad, buen amigo de los amigos, comprensivo con los hermanos de comunidad, no demasiado hablador, es cierto, pero sí agradable tertulio y buen compañero para con todos.

He aquí, muy resumidos, algunos de los aspectos más humanos que le hacen al P. Carlos más cercano a nosotros y, por lo mismo, menos desencarnado de cuanto alguien equivocadamente pudiera suponer, influido por las imágenes que sobre él se nos han ido presentando hasta la fecha.

— Con incisiva frecuencia se non dice de él en el Proceso de Canonización que la compañía del P. Carlos era buscada y agradecida sobre todo por los jóvenes estudiantes, parte integrante de la comunidad. Este detalle es sin duda altamente elocuente a favor de la sencilla jovialidad, comprensión y apertura del P. Carlos. Muy difícilmente los estudiantes hubieran

buscado su compañía si de verdad el carácter del P. Carlos fuera introvertido, cerrado o huraño.

— Entre sus cualidades naturales se nota que estaba dotado de una preciosa voz sonora y pastosa. El se sabía adornado de este verdadero don de la naturaleza y no lo disimulaba, antes bien lo usaba para alegrar las recreaciones y las fiestas de familia. De su voz se servía con sincero placer para solemnizar las funciones sagradas. Le agradaba cantar la misa en ocasiones de particular solemnidad y como ninguno contribuía al esplendor del canto coral. En ocasiones accedió incluso a ensayar algunos cantos a los jóvenes estudiantes y en los Procesos se recoge el dato de que, estando incluso muy enfermo, dejó el lecho para solemnizar con su maravillosa voz las ceremonias litúrgicas de Navidad y Semana Santa.

— Admitía que los inquietos monaguillos de Dublín, traviesos diablillos enredadores aunque serviciales, le embromaran llamándole « Charlie », como a cualquier amigo de la calle o como a cualquier vendedor de periódicos o de castañas en el puesto de la esquina. El no se enfadaba por ello. Se sonreía bonachón y se limitaba a bendecir, como Jesús, a la bandada de aturdidos granujillas, porque los ángeles que guardaban su inocencia veían a Dios en el cielo.

¿Nos será permitido hablar de los defectos del P. Carlos? Porque sin duda, como toda mortal, no dejaría de tener, aunque santo, algunos defectillos y estas pequeñas manchas en el espejo inmaculado de su vida no las dejarían de advertir quienes con él convivieron.

Dicen que el P. Carlos tenía tres defectos, si bien, como vamos a ver, estos llamados defectos no dejaban de ser sino una simple manifestación de humanidad.

— Dicen que alguna vez se le vió tomar una copita de whisky. Y era verdad. ¿Pero es que podemos llamar defecto al hecho de tomar una copita en compañía de los hermanos, celebrando con ellos una fiesta de comunidad? Si así fuera, ¿qué habríamos de decir sobre el Señor que comía y bebía, acompañado además de un buen puñado de publicanos y pecadores? Dentro de la medida en que el P. Carlos sabía mantenerse, el tomar una copita pienso que era más bien una virtud e incluso, a veces, una medicina para vencer los efectos de algún resfriado.

— Dicen también que de tanto en tanto se le veía sacar de la manga su cajita rapetera y se aplicaba a la nariz unos polvillos de tabaco. Fumar no fumaba. Sólo tomaba rapé, costumbre admitida entre los más serios y penitentes viejos pasionistas. Dicen que S. Pablo de la

Cruz también tenía esta costumbre. Pero vamos a ver: ¿por qué hablar de defecto y escandalizarse por esto si en definitiva aquellos pocos polvillos de rapé le ayudaban al « viejo Charlie » a despejar la cabeza y mantenerse mejor en tensión de servicio hacia los demás?

— Dicen finalmente que alguna vez le notaron más nervioso que de costumbre y un tanto alterado. ¿Pero cuándo y por qué? Eran muchos los fieles que acudían a su lado y le estrujaban. Algún o alguna impertinente se permitió asirle del manteo, acaso por un mal entendido deseo de saciar su devoción. Fue entonces cuando el P. Carlos se mostró un tanto contrariado y no lo disimuló. No le gustaba que nadie se permitiera estas libertades, acaso por un excesivo, aunque comprensivo sentimiento de pudor. Más que un defecto ¿no será este gesto una manifestación clara de su gran virtud?

En los Procesos son varios los testigos que nos hablan de su exquisita educación y de sus buenas maneras. Era un hombre sencillo y asequible. Un hombre de una gran gentileza para tratar con los demás dentro y fuera de la comunidad. Siempre pronto a cualquier llamada. Siempre dispuesto a acudir cuando eran requeridos sus servicios para confesar, bendecir o asistir a los enfermos a cualquier hora del día, incluso por la noche.

Relación del P. Carlos con su familia

Cuando, poniendo en práctica las exigencias de su vocación a la vida religiosa, salió de casa camino del noviciado pasionista de Ere, presentía que no volvería más a su pueblo natal ni vería de nuevo a ninguno de los miembros de su familia. Es emocionante el momento en que, pasado el puente sobre el Geleen, se detuvo para dirigir una larga, silenciosa mirada de despedida a aquellos parajes tan amados: su casa con el molino, la granja con los animales, los campos, la iglesia, y en la iglesia la pila bautismal donde fue bautizado, el confesonario donde frecuentemente se arrodillaba para recibir la absolución, el altar y el comulgatorio donde tantas veces se acercó a comulgar, las estaciones del viacrucis que en tantas ocasiones recorrió, la estatua de la Virgen ante la que tantos rosarios rezó...

Pero aunque no regresó ya más a su casa ni vió nunca más a ninguno de sus familiares, conservó, no obstante, con éstos muy íntimas relaciones. Prueba fehaciente de los sentimientos de sincero amor que le mantuvieron siempre en estrecha relación con sus hermanos y hermanas son las cartas que en distintas ocasiones les escribió. Gracias a Dios conservamos algunas de estas cartas, si bien muchas, indudablemente, se han perdido. Pero en las pocas

que conservamos percibimos como un sabroso aroma el recuerdo continuo, la preocupación constante y los cálidos sentimientos humanos que Carlos siempre abrigó para con los suyos.

Vayan como prueba algunos detalles espigados de sus cartas acá y allá.

Periódicamente informa a la familia sobre los movimientos de su vida, descendiendo en ocasiones a detalles ínfimos, sabedor de que para el verdadero amor nada es insignificante ni pequeño. Todo tiene un gran valor. Así dice a sus familiares:

— que el tren que le llevó en su viaje a Inglaterra le dejaba a ratos completamente a oscuras, al atravesar algún túnel;

— que se mareó en la travesía del canal de la Mancha, debido a la mar brava, a la lluvia y al viento;

— que estuvo enfermo unos doce días, pero que no fue nada grave, ya que el malestar no le impidió seguir celebrando a diario la santa misa;

— que les había enviado su retrato para que no se olvidaran de él, pero que deseaba saber si les había llegado;

— que se estaba aclimatando muy bien en Inglaterra y que se estaba soltando en la lengua inglesa. Pero confiesa también ingenuamente que empieza a notar una cierta dificultad en hablar y escribir en su idioma nativo.

Les habla de su trabajo apostólico y les quiere comprometer para que se sientan solidarios de su apostolado, y para ello les sugiere:

— que tiene gran preocupación por la triste situación de los pecadores y por la conversión de los protestantes de Inglaterra y de Holanda;

— que por su parte él, sin tiempo para descansar, oye confesiones desde la mañana a la noche, celebra varias misas el domingo, bendice sin cesar y atiende a los muchos enfermos que llegan pidiendo ser bendecidos;

— que se le unan rezando el rosario diariamente, asistiendo a la santa misa y comulgando por la conversión de los pecadores;

— que también se le unan para rezar por los difuntos de la familia en particular y por las almas del purgatorio en general.

Porque no les olvida a pesar de las distancias y porque les quiere ver siempre felices en la vida familiar y fieles a sus obligaciones de cristianos, no les oculta que está muy preocupado y que por lo mismo:

— reza diariamente por ellos para que se mantengan fieles a la fe cristiana y lleguen al cielo donde espera verles;

— pide en concreto para que su hermano, que está en el seminario, llegue a ser un santo sacerdote « según el corazón de Dios, un sacerdote lleno de celo »;

— se alegra de la vocación religiosa de su sobrina y más tarde escribe que está muy preocupado porque nada sabe de ella, pero cesa de preocuparse cuando la sabe contenta en el convento de Wittem;

— cuando las cartas de la familia tardan en llegar se preocupa y urgentemente pide informes sobre personas y situaciones concretas.

Como sacerdote y religioso no deja de aprovechar toda ocasión para darles saludables consejos. Pero lo hace con sencillez, con extrema naturalidad, sin el menor atisbo de dogmatismos fáciles o de impositiva autoridad:

— les aconseja la lectura de libros piadosos para fomentar y dar base sólida a su devoción a la Virgen, así como la práctica de la oración diaria en solitario y en grupo familiar;

— se alegra de que sus hermanos Juan Matías y Ana María se hayan casado y les aconseja que si tienen hijos les eduquen cristianamente, enseñándoles a rezar las oraciones de la mañana y de la noche y el santo rosario;

— aconseja a sus familiares que en todo cuanto hagan o dejen de hacer traten de agradecer a Dios y piensen en la Pasión de Cristo;

— les augura que puedan leer un día la vida del fundador de los Pasionistas S. Pablo de la Cruz que es bellísima y les aconseja que se acojan a la protección de este gran Santo;

— aconseja a su sobrina que cultive el temor de Dios, la huida de toda imperfección y la devoción a la Virgen para perseverar en la vocación religiosa;

— en las horas de tribulación o de enfermedad les aconseja la paciencia y para no perderla les dice que mediten la Pasión del Señor.

Saturado de tan delicados sentimientos de amor y unión con su lejana familia no puede menos de manifestarles su pena porque prevé que no les verá ya en este mundo:

— se consuela pensando que les verá a todos en el cielo y para ello les incita a vivir en la tierra una vida constantemente cristiana;

— le apenan mucho las muertes que se van produciendo en la familia y pide a los demás y hace él mismo especiales oraciones por ellos;

— cuando le llega desde su casa alguna triste nueva se la comunica a sus feligreses de Dublín y estos se unen a él en la pena y en la oración.

¿No es todo esto una prueba expresiva y contundente del amor que el P. Carlos siempre tuvo hacia su familia? ¿No es una prueba irrefutable de que la gracia no había hecho en él otra cosa sino perfeccionar su naturaleza humana?

El pobre Charlie

A los estudiantes de Dublín, jóvenes todos ellos, les gustaba la compañía del vejo P. Carlos a quien cariñosamente llamaban Charlie, apelativo que también le dedicaban los acólitos que correteaban por la sacristía y le ayudaban a misa en ocasiones. « Teníamos la costumbre de llamarle Charlie — nos cuenta uno de ellos —, y él nunca nos reprendió por nuestro exceso de familiaridad ».

Unos doce años antes de su muerte, el 12 de abril de 1881, el P. Carlos sufrió un accidente al chocar con otro vehículo el coche en que viajaba. Se fracturó el pie derecho y la cadera, y desde este accidente, que le hizo sufrir no poco, nunca se recuperó por completo. Siguió experimentando dolores muy acerbos sintiendo gran dificultad al arrodillarse y levantarse, por ejemplo cuando, como tenía por costumbre hacerlo a diario, recorría las estaciones del viacrucis.

El Dr. McGrath nos recuerda en su deposición del Proceso apostólico de Dublín que siendo estudiante en el colegio de los Pasionistas, « habiéndose roto una pierna el P. Carlos, le llevaba por la mañana una taza de café. Evidentemente sufría agudos dolores, pero conse-

guía vencerse a sí mismo hasta el extremo de que nunca le ví ni oí emitir la menor señal de lamento o queja. Siempre le encontré absorto en oración ».

Era evidente que poco a poco mermaba la salud del buen P. Carlos. Para sus compañeros de comunidad era claro que había entrado en la fase final de su preciosa y trabajada existencia, entregada por entero al servicio caritativo de los demás.

« El pobre P. Carlos no está nada bien — nos dice en su diario el P. Salviano — y no se le puede permitir levantarse a maitines por la noche durante algún tiempo como tampoco recitar el oficio divino, porque está extremadamente débil y su pobre cabeza, como él mismo dice, parece darle vueltas. (...) Es francamente maravilloso cómo este pobre P. Carlos puede, sin embargo, subir y bajar una escalera de 59 peldaños un centenar de veces al día para bendecir a las personas que vienen en masa a recibir su bendición. Son muchas las curaciones y milagros que suceden, pero nosotros no hacemos el menor caso de ello y mucho menos lo hace el P. Carlos. Cada domingo, después de la misa solemne, y también por la tarde, después de vísperas, el P. Carlos va a la iglesia para bendecir con la reliquia de S. Pablo de la Cruz alrededor de 70 ú 80 per-

sonas, sin contar las que bendice en el locutorio ».

Con muy buen acuerdo el 23 de julio de 1885 fue enviado al convento de Belfast con el fin de que se tomara unos días de reposo. Todos pensaban que un cambio temporal de clima y el verse lejos de sus ocupaciones habituales beneficiaría a su salud. Pero en Belfast no consiguió el deseado descanso, ya que al enterarse la gente de que « el santo de Mount Argus » estaba entre ellos, comenzó una incesante procesión de enfermos y personas de toda condición que acudían a visitarle solicitando, como siempre, sus bendiciones.

Tres semanas más tarde regresó a Dublín y de nuevo se reintegró con la mayor naturalidad a sus habituales tareas de bendecir, confesar y atender a los enfermos. La gente continuó acudiendo en continuo flujo y reflujo sin que el buen Padre supiera negarse a nadie. Hubiera sido muy puesto en razón que el P. Carlos fijara una hora determinada al día para bendecir a quienes así lo solicitaban. Pero esta medida nunca se tomó y el « pobre Charlie » prosiguió a tiempo pleno su tarea apostólica de servir « a los pobres y afligidos de corazón ».

Tenía ya setenta años de edad. El 8 de diciembre de 1892, fiesta de la Inmaculada, celebró su última misa. Al día siguiente, viernes, no se sintió ya con fuerzas para celebrar

misa. Pasó el día retirado en la habitación, si bien asistió por la tarde al acto penitencial — « capítulo de culpas » — que en aquella época los Pasionistas acostumbraban tener comunitariamente en el coro.

Llegó la hora de la cena y no bajó con la comunidad al refectorio. El enfermero le fue a visitar en su habitación, dado que el P. Carlos nada había dicho a nadie, y comprobó que el mal era verdaderamente serio: una de las piernas del « pobre Charlie » se veía alarmantemente hinchada y los dolores del paciente eran muy agudos.

Al amanecer del día 10, al visitarle nuevamente, el enfermo le encontró tendido en el pavimento, consciente, sí, pero sin fuerzas para moverse. A nadie había pedido auxilio. Llamado el médico se alarmó mucho y calificó de muy grave el estado del enfermo: se le había declarado una gangrena fulminante en la piedad enferma.

La tarde de aquel mismo día el superior, asistido de toda la comunidad, le administró el santo Viático. Fueron momentos de gran emoción para todos. El cronista no dejó de anotar la siguiente notable coincidencia: « Este día era el aniversario de la profesión religiosa del P. Carlos, que tuvo lugar en Ere en 1846; mañana será el 71 aniversario de su nacimiento, pues nació el 11 de diciembre de 1821 ».

Epifanía en el cielo

Nadie podía dudar ya de que estaba cercano el desenlace de aquella vida oculta en Cristo y enteramente consagrada al servicio de tantos hermanos afligidos por el pecado, la enfermedad y la muerte.

Después de recibidos los últimos auxilios espirituales de la Iglesia, hubo momentos en que pareció reponerse y los religiosos concibieron venturosas esperanzas en torno al querido enfermo. Pero la realidad era otra: los días del P. Carlos estaban ya contados. Dios le quería galardonar con el premio prometido a quienes fielmente le sirven en la tierra.

El P. Salviano, que tanto le probó en la última etapa de su vida, pero que sinceramente le apreciaba, escribe: « Nuestro querido P. Carlos sigue sufriendo como un verdadero santo siendo de grande edificación para toda la comunidad ». Así consignaba en su diario el 14 de diciembre y el 15 proseguía: « El P. Carlos continúa muy enfermo y sufriendo atrocemente, pero no se le oye la menor queja. A nadie dice nada, excepto cuando le visita algún sacerdote a quien siempre pide la bendición ».

El P. Columbano Tyne recuerda esta jaculatoria que el enfermo devotamente pronunciaba

ba: « Jesús mío, acepto esta aflicción por tu amor, y deseo seguir sufriendo para agradarte ». Todos en la comunidad estaban muy impresionados ante la serena paciencia del Padre, como también el médico que le asistía, según nos lo recuerda Cristiana Francisca O'Brien: « El Dr. Murphy informó a mi madre que el P. Carlos sufría atrocemente en su última enfermedad y que estaba muy admirado de su paciencia. El Dr. Murphy sentía gran admiración hacia el P. Carlos, especialmente a causa de su paciencia y espíritu de piedad ».

El día de Navidad, 25 de diciembre, recibió una gran alegría con la santa misa que por especial concesión se celebró para él en su propia habitación. Fue el mejor regalo navideño que se le pudo hacer, dada su gran devoción a la Eucaristía. Cuando le comunicaron la noticia de que la misa iba a comenzar « las lágrimas le empañaron la vista de pura alegría. El mismo supervisó desde el lecho el improvisado altar. Respondió a todas las oraciones y siguió cada una de las partes del divino sacrificio con extática atención. Cuando llegó el solemne momento de la consagración se notó en él un gran cambio. Era como si estuviera viendo a nuestro Señor, no bajo los velos sacramentales, sino cara a cara como realmente es ».

La enfermedad avanzaba implacable. El 31 de diciembre se anota en el historial: « El P. Carlos empezó a estar peor ayer tarde y el

doctor no ofrece ya ninguna esperanza de recuperación ».

Pasó el fin del año viejo y el comienzo del año nuevo. El 2 de enero queda registrado en la crónica: « El P. Carlos está peor cada día, pero su paciencia en los dolores es admirable. *Salus infirmorum ora pro eo* ».

El jueves 5 de enero de 1893, vigilia de la Epifanía, el P. Salviano dice en su diario:

« A las cinco y cuarto, antes de dirigirme a decir la misa que yo celebraba cada mañana a las seis, fuí a ver al P. Carlos y me pareció que estaba en agonía. El enfermero me aseguró que el P. Carlos moriría hacia las seis, y así sucedió, pero yo no lo supe hasta después de la misa. Mientras me estaba revistiendo para celebrar, oí el toque de la campana de la comunidad y al regresar a la sacristía después de la misa, el Padre Andrés, que se disponía a decir la misa de 6'30 me comunicó que el querido P. Carlos acababa de morir ».

Efectivamente el P. Carlos se había extinguido dulcemente a las seis menos cuarto. El ambiente de Navidad resonaba todavía con cánticos de gloria a Dios en las alturas y augurios de paz en la tierra a los hombres de buena voluntad. La iglesia se disponía a celebrar al día siguiente la fiesta de la Epifanía o manifestación del Señor. ¡Qué circunstancia tan extraordinaria para encontrarse con Cristo en el cielo, mientras los ángeles entonaban cán-

ricos de gloria, se acercaban los Magos a ofrecer ricos dones al Salvador y Jesús se manifestaba al mundo con la decidida voluntad de construir con todos los hombres del mundo una familia de hermanos!

¡Fiesta de la Epifanía, fiesta de la manifestación del Príncipe de la paz, Salvador! ¡Vigilia de la Epifanía de 1893, manifestación definitiva de Cristo al P. Carlos, « el santo de Mount Argus », diciéndole en el cielo: Ven, Siervo querido y fiel, porque en la tierra fuiste fiel en lo poco ven a recibir la corona que te tengo preparada para toda la eternidad!

Conmoción en Dublín ante la muerte del P. Carlos de Mount Argus

Dublín amaneció aquel día conmocionada ante la noticia, no por esperada menos triste, de la muerte del P. Carlos de Mount Argus. Sin que nadie oficialmente lo hubiera declarado, desde hacía mucho tiempo el P. Carlos era para el pueblo un irlandés más entre los mejores irlandeses, un hijo de adopción de Dublín, su primer ciudadano en la escala o jerarquía de los valores espirituales. Católicos

y protestantes expresaron con lágrimas su profunda conmoción al saberse su muerte.

Los primeros en conocer la noticia y correr a comunicársela a los demás fueron los fieles madrugadores que, muy de mañana, fueron aquel día a oír misa en la iglesia de los Pasionistas de Mount Argus. He aquí la relación del P. Salviano:

« Comunicué la muerte a algunos de mis penitentes como también a un policía que vino a oír misa a la iglesia. Este me sugirió enviar una nota a su oficial quien mandaría algunos de sus hombres a hacer guardia al cadáver y controlar la muchedumbre cuando los restos mortales del difunto fueran llevados a la iglesia ».

Cuando la tarde de aquel mismo día fue llevado el féretro a la iglesia y colocado en un catafalco en la nave ante el altar mayor, el templo rebosaba de fieles. Cientos y miles de creyentes desfilaron ante el inolvidable « santo de Mount Argus » con lágrimas en los ojos y fervientes oraciones en los labios y en el corazón. El conmovedor espectáculo duro tres días seguidos.

Aplicaban al cadáver cruces, rosarios y otros variados objetos de devoción. Algunos, los más atrevidos, cortaban pedazos del santo hábito de la Pasión con que el difunto aparecía revestido. Para evitar mayores osadías piadosas fue necesario situar en torno al catafalco

un cierto número de religiosos, pero, así y todo, resultaba difícil evitar en aquella turba conmovida algunos excesos de devoción.

El P. Salviano recuerda que hacía un frío extremo, llovía y nevaba. En el servicio litúrgico de la tarde la muchedumbre llenaba incluso los jardines contiguos a la iglesia, insensible ante el frío, la lluvia y la nieve. Dentro del templo varios de los confesonarios adosados al muro quedaron deshechos bajo la presión de la multitud.

El 8 de enero, domingo, el P. Pío Devine predicó el sermón en la misa mayor y cuando la tarde del mismo día, a las cuatro, fue cantado el solemne oficio de difuntos por los miembros de distintas cofradías de la ciudad « nunca en Mount Argus se había visto tan extraordinaria multitud. Había gente llegada de todos los ángulos de Irlanda. Los caminos estaban bloqueados y resultaba absolutamente imposible entrar en la iglesia sino después de larga espera ». Ni siquiera de noche había forma de despejar la iglesia y los campos aledaños. El P. Eugenio Nevin puntualiza que « por espacio de cinco días el « pobre viejo Charlie », como él mismo a veces se llamaba en vida, recibió unas honras fúnebres debidas a un rey o un emperador ».

Cuando la mañana del día 10 se procedió a cerrar el ataúd para conducir al cementerio al querido difunto todos pudieron observar ma-

ravillados que el cadáver no ofrecía ninguna traza de descomposición. El obispo auxiliar Mons. Donnelly celebró la misa funeral, asistido por el P. Wilfrido O'Hagan que representaba al Superior Provincial. El cronista recoge muy acertadamente este detalle por él observado: « Digno de ser puesto de relieve fue la ausencia de toda clamorosa manifestación de dolor entre la muchedumbre presente, como si por instinto el pueblo prefiriera rogarle a él más que rogar por él ».

A hombros de los cofrades de la Cruz y Pasión del Señor el féretro con los restos del P. Carlos fue llevado al cementerio. Antes y después de ser definitivamente sepultado — refería el *Evening Telegraph* — « todos los ojos estaban bañados en lágrimas mientras que la multitud patentizaba clamorosas y generales manifestaciones del más sincero dolor ».

La noticia llega a Munstergeleen

Pronto la noticia de la muerte del P. Carlos cruzó el mar y llegó a la familia Houben en Munstergeleen.

El 12 de enero el superior de los Pasionistas de Mount Argus escribía esta preciosa

carta de condolencia y consuelo a una de las hermanas del finado:

« Señora:

Me veo en la precisión de anunciarle con gran dolor la noticia de la muerte del buen P. Carlos. Murió el 5 del corriente mes. Su muerte, como toda su vida, ha sido la de un santo. Durante el tiempo que su cuerpo ha estado expuesto en la iglesia una multitud innumerable, imposible de contar, iba y venía queriendo tocar su cuerpo con rosarios y otros muchos objetos de devoción.

También en sus funerales estuvo presente un gran multitud. Ninguno acertaba a rezar por el reposo de su alma. Por el contrario, todos se sentían impulsados a invocarle como su intercesor ante Dios.

¡El pueblo lo ha declarado ya santo!

Afectísimo en Cristo,

Domingo O'Neill, Rector »

Podrá quizá llamar la atención la última afirmación del Superior de Mount Argus en su ya citada carta al informar sobre la muerte del P. Carlos a la familia de éste: « ¡El pueblo lo ha ya declarado santo! ». Pero por mucho que alguien pueda maravillarse, la verdad lisa y llana era que el pueblo sencillo y creyente, ya desde mucho antes, durante la vida del P. Carlos, y más todavía a partir de su muerte,

lo llamó clamorosamente: « el Santo de Mount Argus ».

« El santo de Mount Argus » le decían cuando en vida acudían a él para recibir sus bendiciones y « el santo de Mount Argus » continuaron denominándole a boca llena desde el día en que falleció. Al visitar su sepulcro, primero en el cementerio y luego en la iglesia de Mount Argus donde ahora reposa en un precioso bien que sencillo mausoleo, prosiguieron invocándole como « el santo de Mount Argus » y aseguraban recibir muchas gracias del favor de Dios mediante su intercesión.

Que el pueblo no se equivocó en sus apreciaciones nos lo acaba de decir la Iglesia al beatificar solemnemente al P. Carlos ante la admirada devoción de tantos creyentes en el grandioso marco de la Basílica de San Pedro de Roma.

Cuando murió — nos refiere uno de sus biógrafos — « nadie lamentó tanto su fallecimiento como sus mismos hermanos de hábito, los Pasionistas. Si el pueblo había perdido un amigo, los Pasionistas habían perdido una presencia que tanto les había estimulado a contemplar el cielo cerca de ellos. Por mucho tiempo Mount Argus no pareció ya ser el mismo sin él, dado que en tan alta medida había llegado a formar parte de aquel lugar y de sus vidas. Siguieron esperando verle aparecer arrastrando los pies por el corredor conventual, in-

clinada la cabeza hacia el crucifijo; pero con el pasar de los días, viendo que su puesto en el coro era ocupado por otro, comprendieron que la muerte les había arrebatado a su "santo". ¡Nadie acierta a rezar por su alma; todos le invocan como a un verdadero santo! escribió el rector a la familia Houben. Pero de su santidad ninguno estaba más convencido que sus mismos hermanos de hábito ».

Porque estaban convencidos de esto, iniciaron cuanto antes les fue posible el Proceso de Canonización que ahora, como lo hemos dicho ya, ha culminado solemnemente con la beatificación del domingo 16 de octubre de 1988.

Queremos subrayar esta circunstancia: para la gloria de Dios, honor de su Iglesia santa y esplendor de la Congregación pasionista, fundada por S. Pablo de la Cruz, el P. Carlos ha sido beatificado al mismo tiempo que otro coloso de la santidad pasionista, el P. Bernardo María Silvestrelli, que fue por casi 30 años Superior General de la Congregación y tuvo la satisfacción de conocer en Dublín personalmente, el año 1879, al «santo de Mount Argus». Quiera el Señor, por intercesión de los dos nuevos Beatos Pasionistas, Carlos Houben y Bernardo María Silvestrelli, concedernos:

— que la Congregación Pasionista, fiel al carisma de S. Pablo de la Cruz, continúe sien-

do semillero fecundo de santos misioneros y apóstoles de Jesús Crucificado;

— que la santidad siga floreciendo entre los Pasionistas como base de su apostolado y estímulo de verdadero cristianismo en nuestro mundo de hoy;

— que los Pasionistas de ahora y del futuro sirvan, hasta dar su vida si fuere preciso, a los pobres, enfermos y marginados, que son los auténticos «crucificados» de la hora actual.

Milagros del P. Carlos **El milagro de la Beatificación**

En la historia de la hagiografía cristiana al P. Carlos le corresponde con toda justicia un puesto muy destacado entre aquellos ilustres seguidores de Cristo agraciados por el Señor con el carisma de los milagros.

Del P. Carlos, tanto en vida como después de la muerte, se cuentan hechos pasmosos que no pueden menos que llenarnos de muy comprensible admiración. Los Procesos, tanto Ordinarios como Apostólicos, registran muchos de estos hechos llamados milagrosos. Año tras año, con ejemplar solicitud, el vicepostulador

de la Causa, P. Oliver Kelly, ha ido mandando centenares de estos hechos a la Postulación general de Roma.

La interesante biografía del P. Christopher, publicada en 1938, hizo por su parte un gran servicio a la Causa y a los miles de devotos del P. Carlos, recogiendo al fin de la misma, en apretada síntesis, un resumen de al menos 40 casos, muchos de los cuales bien pudieran haber sido propuestos como verdaderamente milagrosos.

Con mucha cautela y leyes muy precisas, la Iglesia somete a riguroso estudio cualquier caso que se le presenta, atribuido a la intercesión de un Siervo de Dios como presuntamente milagroso. Hecho el Proceso que supone una muy exigente documentación testimonial, documental y sobre todo clínica, el caso en cuestión es confiado a una Comisión de Médicos, todos ellos especializados en la materia. Previo un detenido examen, dichos Médicos se congregan colegialmente en la llamada Consulta Médica de la Congregación para las Causas de los Santos y dictaminan si se trata o no de un hecho que supera las leyes conocidas de la naturaleza, previa la exposición en público del parecer particular de cada uno.

Supuesto el veredicto favorable de los Médicos todavía tiene que decir una palabra de aprobación o de rechazo primero el Congreso de Teólogos y luego el Congreso de Cardenales.

En nuestro caso concreto, habiendo presentado a la Congregación para las Causas de los Santos, como hecho presuntamente milagroso, la curación instantánea, completa y definitiva de la Sra. Octavia Spaetgens Verheggen de Sittard (Holanda) de una gravísima enfermedad abdominal declarada incurable por los médicos y atribuida a la intercesión del P. Carlos, tanto los votos de los Médicos como los de los Teólogos y de los Eminentísimos Cardenales fueron unánimemente favorables al milagro.

La Sra. Octavia Spaetgens Verheggen estaba condenada a morir sin remedio. Los Médicos habían dictado ya la fatal sentencia. La pobrecita sufría dolores atroces. Hacía tiempo que ni comía ni bebía. Estaba reducida a los puros huesos. Cuanto intentaba ingerir, incluso el agua, lo rechazaba. Le habían sido administrados los últimos auxilios de la religión y hasta le habían preparado la mortaja.

En esta situación desesperada — nos cuenta la propia enferma — « me sentía muy mal. Por la noche no podía dormir y devolvía incluso más a menudo que de ordinario. Tenía miedo. De improviso se me ocurrió esta idea: " El P. Carlos me puede curar ". Entonces recé confiadamente: " Tú me puedes curar, P. Carlos. Tú me puedes ayudar para que no devuelva y para poder comer; pero si esto no es

para mi bien, que Nuestro Señor me deje morir en paz " ».

Hecha esta oración repetidamente con tan sencilla y firme fe, sucedió el ansiado milagro. Instantánea y completamente la Sra. Spaetgens se sintió bien y pidió de comer lo que hubiera, cosa que no había podido hacer tanto tiempo hacía. Comió con apetito y nada devolvió.

Más adelante siguió comiendo tocino, sardinas arenques ahumadas, huevos y tantos otros alimentos difíciles de digerir. Todo le sentaba bien. En su oración al P. Carlos continuaba diciéndole como una hermana a un hermano: « P. Carlos, me has ayudado bien hasta ahora, te suplico no dejes tu trabajo a medio hacer ». Efectivamente, el P. Carlos no dejó su trabajo a medio hacer. Fue un trabajo bordado y perfecto, así reconocido con pasmo por los Médicos.

Y fue así que la Sra. Spaetgens Verheggen, que tenía 72 años cuando fue curada gracias a la poderosa intercesión del P. Carlos, vivió todavía activa en su trabajo y sin ningún malestar 22 años más, falleciendo simplemente de vejez en 1974, con 94 años de edad.

Una de las especialidades del P. Carlos en vida fue bendecir y sanar. Se ve a las claras que ésta continúa siendo su particular especialidad aún ahora después de muerto.

BIOGRAFIA ESENCIAL

- 1821. El día 11 de diciembre nació en Munstergeleen (Holanda-Limburgo) el cuarto hijo del matrimonio de Juan Andrés Houben y Juana Isabel Luyten. Fue bautizado el mismo día del nacimiento con el nombre de Juan Andrés.
- 1835. Tenía 14 años cuando recibió la Primera Comunión, el segundo domingo domingo de Pascua, 26 abril.
- 1835. Fue confirmado el 28 de junio por el obispo Ricardo van Bommel y ya desde entonces destacaba entre sus demás coetáneos por su compostura y devoción.
- 1840. Tiene 19 años cuando el 2 marzo es llamado con todos los mozos de su quinta a prestar el servicio militar.
- 1840. El 9 de julio, después de hacer una confesión general con el P. Göbbels, entra en el servicio activo como soldado en el primer regimiento de infantería de Bergem-op-Zoom.

1841. El 9 de octubre es licenciado del servicio activo, habiéndole buscado y pagado sus padres un joven sustituto para que lo reemplazara.
1844. Juan Andrés tiene 23 años. El 19 de enero muere piadosamente su madre que sólo tenía 55 años de edad.
1845. El 5 de noviembre se despide de la familia y viaja con su tío al noviciado pasionista de Ere (Tournay-Bélgica) para iniciar la vida religiosa.
1845. El 1 de diciembre inicia oficialmente el año de noviciado. Al tomar el hábito negro de la Pasión le es cambiado el nombre de pila por el de *Carlos de San Andrés*, con que será ya conocido. La vida pasionista en comunidad le convence enteramente. Se siente feliz y su comportamiento como novicio es inmejorable.
1846. El 10 de diciembre emite los votos religiosos. Nadie de la familia le puede acompañar. Al dar este paso decisivo se compromete a vivir en sí mismo el misterio de la Pasión y a darlo a conocer a los demás en la medida de sus fuerzas. Tiene 25 años.
1850. El 25 de mayo es ordenado diácono. Carlos ansía el momento en que será

definitivamente consagrado sacerdote del Señor.

1850. El 7 de agosto fallece su padre en Munstergeleen. Carlos queda desolado. A su padre no le ha cabido la alegría de recibir la primera bendición sacerdotal de su hijo.
1850. Con 29 años recibe la consagración sacerdotal de manos del obispo Tournay, el 21 de diciembre. La Navidad de este año es portadora para él del cumplimiento de la mayor ilusión de su vida: celebrar la santa misa. Pero siente la tristeza de no verse acompañado de ningún familiar.
1852. El 17 de febrero llega con destino a Inglaterra. Se agrega desde esta hora al apostolado que los Pasionistas desarrollan en el Reino Unido desde la llegada allí, en 1841, del Beato Domingo Barberi, pasionista, llamado el Apóstol de la Unidad.
1852. Desde que el P. Carlos llega a Inglaterra pasa por varios conventos: dos días en Londres (The Hyde. Cool Oal Lane, Kilburn); cinco días en St. Michael's Retreat (Aston Hall); después, como miembro de la comunidad en

St. Wilfrid's Retreat (Cotton Hall, Cheadle).

1853. El 5 de febrero le vemos formar parte de la comunidad de Aston Hall, dedicado a labores pastorales en esta parroquia de mineros. Aquí entra por primera vez en contacto con el pueblo irlandés y se siente muy integrado entre la que él luego llamará « su gente irlandesa ».
1854. Hace falta un asistente del maestro de novicios en el noviciado de S. Wilfrido. Es escogido él y realiza una gran labor entre sus jóvenes discípulos. Pero es trasladado el noviciado a otra casa y él permanece en S. Wilfrido al servicio de la parroquia.
1856. En el mes de marzo pasa por breve tiempo al convento de Santa Ana de Sutton, en las proximidades de la ciudad de Liverpool.
1857. El 25 de junio llega a The Hyde (Londres) desde donde pasará destinado a la nueva fundación de Irlanda.
1857. El 9 de julio llega a la nueva fundación de Dublín (Mount Argus). Aquí se entregará principalmente al apostolado de las confesiones y las bendicio-

nes. Pronto empezará a ser famoso y su nombre será conocido en toda Irlanda.

1863. El 8 de septiembre el arzobispo Cullen de Dublín bendice la nueva casa de los Pasionistas de Mount Argus. El P. Carlos recorrió toda Irlanda recaudando fondos para esta obra que, en parte, muy bien puede ser llamada suya.
1866. El 4 de julio es trasladado de nuevo a Inglaterra. El trabajo de Mount Argus aquellos años fue para él agotador. Tenía fama de santo y los muchos visitantes, enfermos sobre todo, no le dejaban sosegar.
1867. El 27 de noviembre llega a Santa Ana de Sutton para formar parte de esta comunidad. Aquí su trabajo es preferentemente parroquial. Se dedica sobre todo a asistir a los enfermos y a la administración de los sacramentos.
1872. El 25 de septiembre, después de cinco años de labor en Sutton, es momentáneamente trasladado a la comunidad de Londres para preparar su regreso definitivo a Dublín.
1874. El 10 de enero llega de nuevo a Mount Argus, después de ocho años de ausen-

cia pasados en Inglaterra. No abandonará ya la tierra de Irlanda. Mount Argus será escenario de su fecundo apostolado entre los humildes y enfermos hasta el fin de su vida.

1878. El 28 de abril, fiesta entonces del fundador S. Pablo de la Cruz, fue un día de gran alegría para el P. Carlos y la comunidad de Dublín. En este día se bendijo la nueva iglesia por cuya realización tanto se esforzó el P. Carlos que tendría en ella un día su sepulcro glorioso.
1881. 12 de abril. Yendo a realizar su habitual apostolado de visitar a los enfermos, el coche en que viaja choca violentamente con otro y el P. Carlos se fractura el pie derecho. Las consecuencias de este accidente le durarán dolorosamente toda la vida.
1885. Su actividad apostólico-benéfica en Mount Argus es agotadora. Decaen sus fuerzas de día en día. Los enfermos no le dejan respirar y es enviado unos días, el 23 de julio, a Santa Cruz de Belfast.
1885. Pero en Belfast se repite la historia de Dublín. Al P. Carlos no le dejan en paz los muchos visitantes. El 11 de

agosto regresa por ello nuevamente a Mount Argus.

1892. El 8 de diciembre, fiesta de la Inmaculada, celebra la última misa de su vida. Se le declara la gangrena a la pierna. El médico pronostica pocas semanas de vida para el P. Carlos.
1892. El 10 de diciembre, viendo que la enfermedad no tenía remedio y se temía pronto el fatal desenlace, el superior de la casa, asistido por toda la comunidad, administra al P. Carlos el Viático y la Unción de los enfermos.
1982. El 25 de diciembre, día de Navidad, el P. Carlos tiene la inmensa alegría de asistir desde su lecho de enfermo a la misa que se celebra para él en su propia habitación. Es su mejor regalo de Navidad.
1893. 5 de enero, vigilia de la Epifanía del Señor. A las seis menos cuarto de la mañana expira el P. Carlos. Para él la Epifanía de este año iba a ser la verdadera Manifestación del Señor que le invitaba a recoger en el cielo su corona de gloria.
1893. 5 de enero. La tarde de este día, revestido del hábito pasionista, es trasladado el cadáver del P. Carlos a la iglesia

- donde permanece cinco días, muy visitado por un constante flujo y reflujo de devotos.
1893. 10 de enero. En medio de una ingente multitud el P. Carlos es enterrado en el cementerio donde continuará siendo muy visitado, concediendo muchas gracias a quienes piden su intercesión ante Dios.
1922. Se inicia el Proceso de Canonización. Primero el Ordinario de Roermond que dura hasta 1926 y en él son interrogados 10 testigos; después el Ordinario de Dublín que termina en 1929; los testigos interrogados en él son 28.
1936. Se inicia el Proceso Apostólico. Primero en Dublín, donde son interrogados 41 testigos y termina en 1938; después en Roermond donde son interrogados 10 testigos y termina en 1937; también se instruye un pequeño Proceso en la diócesis de Achonry (Inglaterra) donde son interrogados dos testigos.
1949. El 30 de noviembre, en conmovedora ceremonia, con asistencia de gran multitud de devotos, los restos del P. Carlos son trasladados a su actual enterramiento en la iglesia de los Pasionistas de Mount Argus.
1954. El 4 de octubre se inicia en Roermond el Proceso sobre el milagro que se dice haber sido obrado a favor de la señora Ottavia Spaetgens Verheggen y se atribuye a la intercesión del P. Carlos. Termina el 5 de julio de 1955 y son interrogados 11 testigos.
1979. El 10 de mayo el Santo Padre Juan Pablo II publica solemnemente el decreto en que se aprueba la heroicidad de las virtudes del P. Carlos que, por el mero hecho, recibe el título de Venerable.
1986. Con decreto del 13 de junio, la Congregación para las Causas de los Santos aprueba la validez del Proceso sobre el milagro.
1987. Después de trabajosas investigaciones hechas por la Postulación, se celebra la Consulta Médica sobre el milagro el 14 de octubre, y el milagro es aprobado como tal unánimemente por dicha Consulta.
1988. El 16 de octubre el Santo Padre Juan Pablo II beatifica solemnemente en S. Pedro de Roma al P. Carlos y al P. Bernardo María Silvestrelli, ambos Pasionistas.

Alleluia! Laus Deo!

SUMARIO

Presentación	5	La Pasión del Señor en el centro de su vida	55
La historia de S. Patricio se repite	7	El P. Carlos, alma encendidamente eucarística	59
En Munstergeleen, pueblo del Limburgo holandés	8	Vida de oración	62
Los dos caminos del hijo del molinero	10	Perfil humano del P. Carlos	65
Estudiar sí ¿pero con qué objeto?	13	Relación del P. Carlos con su familia	70
Temores de una madre buena	15	El pobre P. Charlie	75
Experiencia de la vida militar	17	Epifanía en el cielo	79
Los acontecimientos se precipitan	19	Conmoción en Dublín ante la muerte del P. Carlos de Mount Argus	82
Carlos de San Andrés	21	La noticia llega a Munstergeleen	85
Sacerdote del Señor	24	Milagros del P. Carlos. El milagro de la Beatificación	89
Presencia de los Pasionistas en Inglaterra	27	Biografía esencial	90
Apostolado del P. Carlos en Inglaterra	32		
En Irlanda, patria de adopción del P. Carlos	37		
Las bendiciones del P. Carlos	40		
¿Paréntesis de descanso en Inglaterra?	42		
Regreso definitivo a Dublín	46		
Preparándose para el gran viaje	50		
María en la vida del P. Carlos	52		

Se trata en este libro de una verdadera aventura, semejante a la de tantos hombres y mujeres soñadores que un día lo dejaron todo para servir a los hermanos. Es la aventura de un holandés que dejó su hermosa patria holandesa y vivió y murió en Irlanda, perfectamente identificado con la que llegó a llamar «su gente irlandesa». Aventura estupenda que se condensa en estos tres verbos: **BENDECIR, SANAR, PERDONAR.** Es la aventura humana del nuevo Beato Pasionista, Carlos de Mount Argus. Edición moderna de la aventura espiritual apostólica de S. Patricio, Patrono de Irlanda.